
THE LIBRARY OF CONGRESS


THE LIBRARY OF CONGRESS

Henry Ward Poole

Danvers Mass

2 Jan 1859

AMENIDADES

FILOSÓFICAS

Ó

DISCURSOS SOBRE TODOS LOS ESTADOS DE ESTA VIDA, CONCLUIENDO EN CADA UNO DE ELLOS CON UNA QUARTETA A MANERA DE AFORISMO.

OBRA MUY ÚTIL Y DIVERTIDA POR LA VARIEDAD DE MÁXIMAS MORALES, Y POLITICAS QUE CONTIENE.

PUBLÍCALAS *D. E. A. P.*

CON LICENCIA.

Barcelona: En la Oficina de ANTONIO SASTRES. Año 1804.

EL EDITOR.

El título de esta obrilla, manifiesta bastante su mérito. Los sentimientos morales y los entretenimientos gustosos que encierra, deleitan al Lector, le avisan y le enseñan, pues mezclan la utilidad con la dulzura, y la doctrina con el deleyte.

Su Autor suponiéndose un Filósofo desengañado de lo que es el mundo va siguiendo todos los estados y sucesos que comunmente experimentan los hombres considerando lo que son en sí. Las pasiones de amor y odio, la alegria y la tristeza, el valor y el miedo, el fastidio y la sospecha, la tenacidad, el inte-

res, la adulacion, la presuncion, los amigos, las coyunturas favorables son los principales capítulos de los muchos que abraza esta obrita concluyendo cada uno de ellos con una quarteta, que amanera de aforismo manifiesta toda la doctrina que debe sacarse de él. Me persuado que la sola lectura de esta obra, acreditará mi ingenuidad y el deseo que tengo de complacer al público, de cuya benignidad espero recibirá con gusto mis tareas, no teniendo otro fin, que el proporcionarle la instruccion y la utilidad.

TABLA

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS en esta Obra.

ADVERTENCIA.

Esta obra debe considerarse de la mayor utilidad para toda clase de personas, porque en cada capítulo de ellas se encuentran tan sabios documentos, que fácilmente podrá el hombre, observándolos con exâctitud, enmendar sus adquiridos defectos por una parte, y formar por otra un nuevo plan de las mejores costumbres, no solo en el órden moral, sino tambien en el político, tan necesario en el mundo, para saber conducirse con acierto en todas las situaciones, empresas y negocios de la vida.

La ciencia de las costumbres, aún está defectuosa por falta de observaciones particulares sobre el

hombre, y su vario modo de obrar. La presente obra aumenta los conocimientos, y nunca sobrarán escritos de esta clase.

Puede decir que ha encontrado
con la perfeccion del arte
el que unió discretamente
á lo útil, lo agradable.

[illegible] utile dulci

De mi estado particular.

No merece lo dulce quien no probó lo amargo. Este es un antiguo proverbio, mas para aplicármelo es menester que diga: lo amargo merece quien gustó demasiado lo dulce. Nada hay de extraordinario en esto; porque quando pasamos la primavera en cantar con la Cigarra, es necesario que pasemos tambien con ella el Invierno en la indigencia y pesadumbre.

El hombre no debe quejarse sino á sí mismo de la mayor parte de sus adversidades, pues ellas son quasi siempre su propia obra, y una verdad que es precisa confesemos, si exâminamos seriamente nuestra conducta.

La imprudencia de la juventud, la fragilidad humana, y la ciega complacencia con las pasiones, precipitan al fin al hombre en una situacion para maldecir la primera, deplorar la segunda, y detestar la tercera. Y aún es una gracia

especial del Cielo quando llegamos á la edad proporcionada para poder considerar todo esto sin haber sido arrebatados por la muerte enmedio de la carrera para ir á dar cuenta al Juez Soberano, antes de haber tenido tiempo de reconocernos insolventes. En fin, perfectamente se ha dicho, que el hombre es exemplo de imbecilidad, despojo del tiempo, juguete de la fortuna, imágen de la inconstancia, blanco de la envidia y calamidad, y el resto bilis y flema.

Juguete de la fortuna,
é imágen de la inconstancia
es el hombre mientras vive,
si la prudencia le falta.

De la Calumnia.

Jamás me conformaré con el parecer de aquellos que creen fácilmente lo que se oye decir contra el honor del próximo, mientras no vea claramente confirmado el hecho con pruebas incontestables; porque además de serme patente

la malicia natural del hombre, y la satisfaccion que encuentra por lo mismo en el mal del otro, yo sé que en las cosas en donde no hay mas certeza de un lado, que de otro, el yerro está por lo comun, mas bien de parte de aquellos que se precipitan en sus juicios, que de los que lo suspenden. Las apariencias son de ordinario engañosas; pero el hombre se declara mas bien por las malas que por las buenas, siendo así que la caridad cristiana nos obliga á compadecer, y ocultar en quanto sea posible los defectos é imperfecciones del próximo. Yo sé que ciertos áspides, baxo la figura humana, se sirven de una regla la mas falsa del mundo para autorizar su perversa crítica diciendo: Voz del pueblo, voz del Cielo; pero yo no seré jamás de esta opinion, porque me acuerdo de aquel, crucifícalo, crucifícalo.

He observado que quando se habla mal de alguno, la conversacion dura horas enteras sin mudar de asunto; y que quando un hombre de bien dice alguna palabra en favor de otro, el mas profundo silencio pone fin á la conversacion.

Por último, persuadido, como lo estoy, á que todo hombre tiene sus defectos, y á que pocos se hallan exêntos de malicia, jamás creeré, vuelvo á repetirlo, nada de quanto oyga hablar contra mi próximo, porque si se halla culpado en efecto, me será despues muy sensible el haber aumentado el peso de su desgracia con mis razonamientos; y si se encuentra inocente, me servirá de grande satisfaccion y consuelo el no haber sido del número de sus calumniadores.

Si del próximo se trata
has de tomar el partido
de callar, ó hablar bien de él,
para no ser su enemigo.

Del Orgulloso.

Compadezco al orgulloso, porque en este vicio hay ordinariamente mas locura que malicia. Su ignorancia en el conocimiento del hombre origina su desgracia. Él se estima porque no sabe lo que es: se encanta de lo bien hecho de

su persona, porque ignora que es un vaso de inmundicia. Su entendimiento le parece sublime, porque no conoce el de los otros, y la antigüedad de su familia le hincha de manera, que mira á las demas gentes con el mayor desprecio.

Yo gusto mucho de reir, y por lo mismo la conversacion de semejantes mentecatos me ofrece materia suficiente para lograrlo. Quando son ricos los miro como pabos reales, á quienes sería obra de caridad arrancar las plumas, á fin de que no quedándoles este superfluo adorno pudieran con mas facilidad percibir la fealdad de sus pies, y ser mas tratables en lo succesivo; pero quando un pobre es orgulloso, me parece que aún sería mas obra de caridad el enviarle á la casa de los locos, para que el diablo no se riyera de él.

El orgullo es en los hombres
un defecto capital,
nacido de su soberbia,
ignorancia y vanidad.

De los Amigos.

Se dice vulgarmente, que lo raro de una cosa realza su precio, y que por esto él oro y la plata ocupan tan distinguido lugar entre las perecederas. Yo sé, sin embargo, que hay en el mundo cierta cosa mas rara todavía que estos metales, la qual es un verdadero amigo, si acaso es posible encontrarle. Bastante motivo tengo para creer, que en esto sucede lo que con el Fenix, que todos hablan de él, y nadie le ha visto hasta ahora. Por lo que hace á amigos de moda, no hay duda que he conocido muchos en el discurso de mi vida; pero estos son muy parecidos á las golondrinas que vienen por la Primavera, y marchan quando el frio empieza.

Jamás he visto, ni he conocido un amigo que me haya querido puramente por amistad á mi persona, sino antes bien, que él se haya amado á sí mismo en disfrutarme, ya por el interés, ya

por la conversacion, ya por el libertinage, ó ya por algun otro vicio que halagaba sus pasiones. El tiempo me ha hecho conocer esta verdad, pues luego que perdí los bienes, los amigos interesados me volvieron al punto las espaldas. Quando ya no tuve chistosas especies con que divertirlos, los que solo me querian por la conversacion, me dexaron al instante. Quando por la misericordia de Dios abandoné el libertinage, en el momento se apartaron de mí los libertinos, y así de los demás. Pero ni uno solo entre ellos ha querido tomar la mas pequeña parte en mis desgracias, ni asistirme con un miserable vaso de agua en mis necesidades. Por esto me han hecho conocer, que el Italiano dice bien: „Ama „ á tu amigo mientras lo suyo parte con„ tigo." Yo convengo con Ovidio, en que el vulgo prueba las amistades con la utilidad; pero tambien es necesario convenir, en que los contratiempos dañan al amor mas tierno.

Queriendo Dionisio el Tirano hablar á su hijo, le hizo decir, que pasase á cenar con él. Excusóse el Príncipe, con

estar ya en la mesa; pero envió á decir á su padre, que despues iria á su quarto. Executólo puntualmente, volviendo á repetirle de palabra, que el motivo de no haber pasado á cenar con él, era el haberse encontrado á la sazon con seis ó siete amigos en la mesa. Sorprehendióse Dionisio al oir tan crecido número de amigos, y le preguntó, si acaso estaba bien cierto de la sinceridad de tantos apasionados: á lo que el Príncipe aseguró, que sí. Díxole su padre, que sin embargo, era necesario probar su amistad, y que el medio mas oportuno para ello sería el de hacerles ir aquella misma noche á su quarto, y decir á cada uno separadamente, que necesitaba de su ayuda para trasportar con sigilo el cuerpo de su padre, á quien habia asesinado, á fin de que nadie supiese este suceso, hasta tanto que él hubiera preparado el espíritu del pueblo para que le colocasen en el trono: y que practicada esta diligencia, viniese á darle cuenta de lo ocurrido, para celebrar así juntos el inestimable tesoro que habría hallado en la fidelidad de sus amigos.

Executó el Príncipe exâctamente las órdenes de su padre, probando con este delicado ensayo la sinceridad de sus pretendidos amigos. Pero ¡ qué asombro no fué el suyo al ver que no halló uno siquiera entre todos aquellos que se morian por él en la mesa con el vaso en la mano, que quisiera acompañarle en aquel peligro que exîgia su socorro! De resultas de esto volvió confuso al Tirano, y habiéndole hecho una puntual relacion de lo ocurrido, este sabio padre le dixo: otra vez, hijo mio, fíate; pero mira de quien, y sabe, que un hombre es muy dichoso en este mundo, si durante el curso de su vida logra hallar un solo amigo fiel, sin lisonjearse jamás de adquirir muchos, pues los amigos de la mesa despachan siempre su amistad con los manteles.

En fin, si la Escritura santa no hiciera mencion de la íntima amistad de David y Jonatás, nunca me persuadiría á que se habia visto en el mundo amistad alguna verdadera. La cruel experiencia que de ello tengo, me hace creer, que la amistad de Damon y Pitias, de

Aquiles y Patroclo, de Tito y Polinice, de Scipion y Lelio, los mayores amigos, de quienes habla la antigüedad, no es otra cosa que ficcion; porque mil gentes cuya amistad creía yo merecer, y que en diferentes ocasiones, quando no los habia menester, me querian dar pruebas de ella; hoy que me hallo bien embarazado, me tratan con indiferencia, por no decir con desprecio: de modo, que me hacen conocer la verdad del proverbio español, que dice: "Quien espera "en mano agena, mal yanta, y peor "cena."

El que un buen amigo encuentra
puede llamarse dichoso,
porque amigos verdaderos
en el mundo se hallan pocos.

De la Ingratitud.

Fácilmente se comprehende quan corto es el número de los ingratos, si se hace reflexîon acerca de las pocas gentes que se encuentran, que gusten de ha-

cer bien á los otros. Sin embargo, como no dexan de hallarse de los unos y los otros, me parece que podemos libertarnos fácilmente de la ingratitud, quando hacemos bien á alguno, no proponiéndonos desde luego otra recompensa que el solo gusto y cristiana satisfaccion de haber socorrido á un desgraciado, sin hacer caso alguno de su agradecimiento; porque la grandeza de un excelente corazon consiste en poner á los pies los beneficios que se hacen, é imprimir bien en la memoria los que se reciben. Un hombre de talento dixo, que aquel que solo hace bien por el interés del reconocimiento, hace de la generosidad, que es una de las mas bellas virtudes, el mas infame comercio del mundo. La persona verdaderamente generosa no echa jamás en cara al ingrato el beneficio que le ha hecho, antes bien le desprecia como un monstruo de la naturaleza. El ingrato me parece un epílogo de todas las baxezas del mundo, y la mas indigna de todas las criaturas.

Los antiguos Romanos tenian tal horror á este vicio, que la última injuria

que podian decir á un malvado, era la de llamarle ingrato. Es cierto que no hay crímen alguno que mas repugne á la naturaleza, que éste. El Italiano para explicarlo bien dice en proverbio: "Apa-
"gada la sed, se vuelven las espaldas
"á la fuente." Yo creo que han empleado esta alegoría para dar á entender la brutalidad del ingrato comparándole á las bestias, las quales luego que han apagado la sed, vuelven las espaldas á la fuente.

Yo hallo tres especies de ingratos. Los primeros son aquellos, que debiéndonos algun favor, evitan nuestra compañia, como por vergüenza de sernos deudores de él. Los segundos son todavia peores, porque hallándose en el caso de sernos reconocidos, huyen, y no lo hacen. Los terceros son verdaderos monstruos, porque hacen todo el mal que pueden en premio de los beneficios que han recibido.

A pesar de esto, me parece muy injusta la opinion de ciertas gentes, á las quales he oido decir, que habiendo sido pagadas una vez con ingratitud, jamás

servirian á nadie; porque la ingratitud de un mal hombre no debe por cierto dañar á la justa necesidad de otro.

No obstante, si yo he de decir lo que pienso de muchos bienhechores, me parece que estos no hacen nunca bien alguno, sin que vaya acompañado del vil interés de la recompensa, y no por un motivo de pura generosidad: y así merecen muy bien, en mi concepto, lo que les sucede; fuera tambien, de que se hallan hombres honrados que no pueden presentar otras señales de reconocimiento á sus bienhechores, que una buena intencion, aunque inútil. Pero como esta moneda no es muy corriente en el mundo, aquellos no gustan por cierto de recibirla; antes bien confunden entre el número de los ingratos á los que la ofrecen. Una famosa pluma dixo bien:

Recibir, del hombre es propio,
y dar al pobre, es de Dios;
nunca, creo, ha habido menos
parecidos al Señor.

Del Reconocimiento.

Siendo el reconocimiento un fruto que proviene necesariamente del árbol de la beneficencia, es preciso considerarlo como una virtud muy perfecta, supuesto que su orígen es tan noble. Yo no tengo dificultad alguna en ponerlo á la cabeza de todas las demas virtudes, al ver que Dios mismo no exîge otra de nosotros, como que ella comprehende las demas que son necesarias para nuestra salvacion.

Los Paganos estimaron tanto esta virtud, que imaginaron tres Divinidades en honor suyo; baxo el nombre de Gracias. La primera fué llamada Talia, la segunda Aglaía, y la tercera Eufrosina. Asignaron estas Diosas al reconocimiento, como si una sola no hubiera bastado para hacer honor á tan rara virtud. Es de advertir, que los Poétas representaron desnudas expresamente á estas tres Diosas, para hacernos comprehender, que en materia de beneficio y de reconoci-

miento debe obrarse con un corazon sincéro, y sin artificio. Las pintaron vírgenes y jóvenes, para enseñarnos que la memoria del beneficio debe siempre conservarse fresca. Hiciéronlas de un semblante risueño y apacible, para significar la alegría que debemos sentir quando podemos ser reconocidos á nuestros bienhechores. Las pintaron finalmente asidas de las manos, para instruirnos en que el beneficio y el reconocimiento deben ser inseparables.

Véase aquí lo que los mismos Paganos nos enseñan, y lo que debe practicar en toda ocasion un alma bella. Yo me persuado, á que si el beneficio de un corazon generoso, y el reconocimento de un alma sincéra se pusieran en la balanza, no se habria visto nunca cosa mas igual; y así me parece, que aquel que hace un bien, no debe tener jamas vanidad, ni aquel que quiere ser reconocido, imaginarse tampoco que lo ha sído bastantemente.

Es culpable ingratitud
olvidar los beneficios,

pues hasta las fieras mismas desconocen este vicio.

Del paso que hay desde la Cuna al Sepulcro.

El cuerpo del hombre se parece á un baxél, en el qual se embarca el alma para pasar desde la mar tempestuosa de esta vida á la eternidad de la otra. Los cinco sentidos son ordinariamente los marineros de este miserable barco, y el amor propio su timón. Su brúxula es el deleyte, y su carta la locura. Sus vientos favorables son las lisonjas engañosas de este mundo, y sus velas un enlace de las humanas fragilidades. Su cordage son las bagatelas de que su débil espíritu se ocupa, y las anclas sus vanas esperanzas. Su carga consiste en crímenes, y el puerto á donde llega, es el arrepentimiento y la desesperacion. Por esto no es extraño, que un buque tan endeble, tan mal tripulado, y gobernado tan im-

prudentemente, perezca con freqüencia; y que el alma naufrague tantas veces en los ocultos escollos del vasto Oceano de este mundo, antes de arribar felizmente al puerto de la salvacion eterna.

La imprudente juventud con su natural ceguedad se embarca en él fácilmente, sin proveerse de las cosas necesarias para tan arriesgado tránsito; y así abandona de ordinario el timón de la fortaleza al ímpetu de sus pasiones. Pero el Sabio toma por brúxula la voluntad divina, y por timón la piedad cristiana: mira como vientos favorables las aflicciones de esta vida; y así sus velas se hallan siempre llenas de paciencia. Sus marineros son las virtudes, y Dios mismo su piloto. Sus cuerdas son la constancia y el sufrimiento, y sus anclas una esperanza sólida y firme. Su arboladura es la Cruz, y su bandera de color celeste: la carga, sus buenas obras, y por consiguiente el puerto, á donde al fin llega, es el reyno de la felicidad eterna. Allí es en donde desembarca, y en donde jamas peligrará, porque allí es en donde debe gozar el fruto y el descanso que sus

pasados trabajos le habian prometido, y allí es donde el alma dexa por último el frágil barco que la conduxo para habitar eternamente los lugares deliciosos que están prometidos á los bienaventurados.

Para evitar los escollos
en la mar de nuestra vida,
el mas seguro piloto
es la voluntad divina.

Del fruto de la Adversidad.

Por la adversidad de mi vida aprendo á conocer la verdadera felicidad, y por los crueles disgustos que he tenido, empiezo á gozar de una perfecta alegría. Mi actual indigencia me hace ver que con poca cosa se vive; y la indiferencia con que el mundo me mira, me instruye en que yo valgo mas de lo que creía. Por el abandono de mis amigos en que me hallo, veo que puedo vivir sin ellos, y por la falta de placer y alegría conozco que no hay pesadumbre razonable en este mundo.

Al paso que voy entrando en edad, siento un verdadero consuelo de ver que mis locuras han pasado; y por la cercanía de la muerte empiezo á no hacer caso alguno de la vida. Si hubiera de ser sensible todavia á las pesadumbres, no tendria otra que la de haberlas tomado algunas veces por bagatelas que solo merecian el desprecio; y si hubiera de alegrarme, no lo haria sino burlándome de la fortuna, que en vez de desesperarme con mil desgracias, se encontraría despreciada de mi alma aun mucho mas que el polvo de la tierra. Las grandezas del mundo me parecen sueños; y por lo mismo es indispensable que el espíritu humano esté endiablado para encontrarlas agradables. Las riquezas se me antojan un barro inmundo con el qual se empuercan las manos; y como ellas no son en substancia otra cosa que un excremento de la tierra, me parecen á lo mas unos muñecos de barro muy propios para divertir á los niños. Yo veo que la amistad del hombre es de la naturaleza del viento que cambia á cada instante, y que á la mas pequeña

lluvia de adversidad desaparece de un todo.

En fin, ¡ó dichosa adversidad! ¡ó amables disgustos! ¡ó precioso desprecio! ¡ó dulce abandono de mis amigos! ¡ó hermoso retiro de los placeres! á vosotros, sí, á vosotros es á quienes debo el haber recobrado el juicio: vosotros sois los que volveis la vista á mi alma, la qual entregada desde tan largo tiempo á las groseras inclinaciones del cuerpo, no ha podido sin vuestra ayuda comprehender, que quanto hay baxo del Sol, no es otra cosa que vanidad y locura. Vosotros sois los que á pesar de la fortuna cambiais mis desgracias en mi verdadera felicidad, y los que me haceis el hombre mas opulento del mundo aun en medio de la miseria. Por vosotros he conseguido despreciar altamente la indiferencia con que todos me tratan, y olvidar tambien que hay en el mundo ciertas criaturas á quienes llaman amigos. En fin, á vuestra hermosa compañía es á quien debo la obligacion de poseer hoy una felicidad tan sólida, que ninguna potestad de la tierra será capaz

de turbar. Este es verdaderamente el tiempo en que mis desgracias acaban : en el que no temo los accidentes funestos , y en el que el trabajo desaparece , y el verdadero reposo empieza. Ya triunfé de los caprichos de la fortuna, porque me miro baxo la proteccion del Cielo, el qual por su misericordia recibe en pago de nuestros grandes pecados una pequeña moneda de penitencia , la qual marcada con la Sangre de Jesuchristo se nos vuelve un tesoro en la eternidad. Nada mas diré ya sino que :

El desprecio de la muerte
en lo adverso no es extraño,
de mas fuerte se acredita
el que sabe tolerarlo.

De la Desesperacion.

Dos especies hay de desesperacion : una con respecto á la salvacion, y otra con respecto al mundo. La primera es un

gran crímen, pues priva al hombre de todo acceso á la misericordia de Dios, arrastrándole á ser homicida de sí mismo. Saúl, Judas, y mil otros se han precipitado en el infierno por su desesperacion; pero David, San Pedro, y otros muchos hallaron gracia en la clemencia divina por la ardiente confianza que tuvieron en ella. La segunda es aquella èn que caemos por las cosas de esta vida. Por exemplo: quando un hombre se vé perseguido de la mala fortuna, oprimido de las desgracias, abatido por la pérdida de los bienes, de la salud, del honor, de la reputacion, por la persecucion de sus enemigos, ó bien por la falta de libertad. Pero aunque esta desesperacion es ordinariamente efecto de un espíritu débil, ó de un baxo corazon, que no tiene la debida fortaleza para resistir la tempestad de los contratiempos, no dexa, sin embargo, de producir á veces maravillosos efectos con respecto al alma: lo que reconoce bien David quando dice: » Bueno ha sido » para mí que me hayas humillado, pa-

» ra que aprenda yo tus justificaciones. "
San Agustin explica bien esta verdad por las siguientes palabras: » Dichosa nece» sidad la que obra la salvacion." Dios nos hace conocer muchas veces que quiere le busquemos por el camino de las espinas, sembrándonos de ellas el que nos prepara, y debemos seguir: pues, como dice San Gerónimo, Dios siempre misericordioso permite alguna vez que por medio de las adversidades recurramos á él, como á refugio nuestro, huyendo de las vanidades del mundo.

Si un hombre desgraciado quiere reflexîonar seriamente sobre los contratiempos de su vida, no podrá menos de descubrir visiblemente, que es la mano de Dios la que dirige las adversidades, y la que rompe á menudo las medidas que tomamos para llegar al fin de nuestros vanos deseos. Aunque nos imaginemos algunas veces que seríamos felices consiguiendo lo que apetecemos; la Providencia Divina, que sabe mejor que nosotros lo que nos conviene, no lo permite, y en ello nos hace la gracia de que recurramos á ella como por fuerza. Di-

choso aquel que así lo conoce, y que sabe aprovecharse de tan sana doctrina.

Como Dios es quien conoce
lo que al hombre le conviene,
quando trabajos te envie
mira que los aproveches.

De la Razon.

La razon no es otra cosa que la exâctitud del entendimiento unida á aquella sabiduría que debe servirnos de regla en nuestra conducta, y en nuestras acciones. Esta sabiduría consiste en el conocimiento de las cosas divinas y humanas: ella nos enseña á reverenciar á Dios, y nos instruye en lo que es útil al bien general de todos los hombres.

La templanza, la justicia, la prudencia y la generosidad son efectos de la sabiduría; pero la prudencia se eleva sobre las otras virtudes, y hace que la razon predomine las pasiones. Entre éstas

hay dos que comprehenden todas las demas, las quales son el placer y el dolor, á quienes acompañan siempre otras pasiones. El deseo precede al placer: la alegría le succede: el miedo va delante del dolor: la tristeza sigue luego. Ahora siendo la razon como la brúxula que debe servir al hombre para dirigir su carrera en este mundo, el Sabio la consulta en todo aquello que se opone á su poder, ó por mejor decir, á la justicia, á la decencia y á la equidad; pero el insensato desconociendo su valor, la sofoca baxo los vicios, á los quales lo entrega su perverso y depravado corazon.

Fuera de esto, la fuerza de la razon es grande, quando se halla fortificada con el conocimiento de Dios, y con la exâcta obediencia á sus santas leyes. Ella fué la que sostuvo la castidad de Josef en el ardor impetuoso de la juventud, y ella fué la que triunfó del justo resentimiento de Jacob contra los Siquimistas, reprehendiendo severamente á Simeón y Leví, sus hijos, sobre la sangrienta accion que habian cometido para vengar el ultraje hecho á la persona de su herma-

na. En fin, no hay pasion alguna que la razon no domine, si se la escucha.

Dióse al hombre la razon
para arreglar sus acciones,
y como ella las dirija
te hallarás libre de errores.

De la Fé.

La Fé es la rienda de la razon; pero si ésta se desboca, con facilidad se precipita en el abismo. Si nuestra débil razon no basta sola para comprehender las cosas visibles, ¿ como podrá, pues, extenderse hasta las invisibles ? La razon no se nos ha dado sino para que nos sirva de guia en este mundo; pero la fé nos debe conducir al otro, cautivando á aquella baxo el yugo de la revelacion y tradicion. Todo aquel que cree lo que la Religion Católica le enseña, y procura obrar arreglado á ello, es hombre de bien, y considerado como tal de los demás; pero el que nada cree, es un monstruo, porque

vive sin saber por qué, y muere ignorando en lo que vendrá á parar: en este mundo se halla privado de la esperanza, y en el otro se hallará confuso con la eternidad de sus penas.

Me acuerdo de haber oido hablar de dos sugetos de nacimiento, los quales fueron íntimos amigos desde su niñez: separáronse estos por muchos años: el uno entró en el servicio del Rey, y el otro se hizo Capuchino. Sucedió un dia que el militar encontró á dos de estos Religiosos, al uno de los quales quiso conocer: acercóse á él, y habiéndose informado de su nombre, descubrió que era su antiguo compañero. En conseqüencia, lo abrazó tiernamente, y no pudo menos de decirle: ¡Ah, pobre amigo, quanto te compadezco si no hay Gloria! A lo que el Religioso le respondió al instante: Si ello fuera así, yo no perderia gran cosa en este mundo; pero tú sí que eres digno de compasion, si hay un Infierno.

En fin, un hombre que nada cree, es y debe ser despreciado y aborrecido de todos, y excluido del trato de las gentes, pues un monstruo semejante causa

horror, y en consequencia de ello se vé que hasta los impios y libertinos no se fian de él, y huyen de su compañía.

Yo sé por experiencia que mi natural confianza y franqueza me han expuesto freqüentemente á ser engañado en el mundo; pero jamas me ha atrapado ni atrapará un Ateista reconocido por tal.

Huye de todos aquellos
de opiniones relaxadas;
la verdad se encuentra sòlo
en la Ley de Dios, que es santa.

De la Pereza.

La Pereza parece á primera vista el menor de los siete vicios capitales, supuesto que con su inaccion á nadie hace mal, pero en ella misma está su delito; porque habiendo la naturaleza hecho todas las cosas con un fin determinado, exîge justamente del hombre un trabajo y una ocupacion conformes á su estado.

El perezoso hace inútil en su perso-

na la obra del Criador, y es por lo mismo menos estimable que un cerdo, porque aunque éste no hace mas que comer y gruñir, engorda á lo menos, y asi es útil para el alimento del hombre; pero el perezoso para nada es bueno ni antes ni despues de su muerte.

La Pereza es el último en órden de los siete pecados mortales. A mí me parece que por su extrema baxeza lo han puesto á la cola de esta criminal compañía. Ella es la almohada del diablo, y el trono del pecado, en donde dá audiencia á toda suerte de crímenes: por esto el demonio como introductor se los presenta, á fin de que tenga alguna cosa de su gusto con que divertirse.

A Dios le hacemos la corte de rodillas, á los Grandes de la tierra de pie, y al diablo tendidos sobre un canapé sin hacer nada. La hermana mas querida de la Luxuria es la Pereza, sin la qual no hallaria entrada la otra tan fácilmente en casa de los poderosos, ni sería tampoco tan bien admitida y servida del comun de los hombres.

La Pereza es la que sin la asistencia

del cuerpo ha encontrado el secreto de ofender á Dios con toda clase de pensamientos impíos y obscenos, y la que ademas de esto nos procura una multitud de indisposiciones y enfermedades, pasando la Primavera de la edad en una silla poltrona, y su Otoño en el Hospital; porque á la verdad ella roba los dias de la vida, prodiga el tiempo, y al fin hace pasar al hombre por la muerte, llevándole á sufrir trabajos eternos, de los quales Lucifér es el director, porque:

El hombre que nada hace,
y vive desocupado,
aprende con su inaccion
á executar lo que es malo.

De la Alegría.

La alegría es ordinariamente un señal del contento del corazon, y éste puede alegrarse rara vez sin la buena conciencia: por esto gusto yo de las gentes alegres,

y no puedo sufrir á aquellos hombres de humor triste, cuya conversacion obscura y melancólica inspira disgusto y fastidio á todo el mundo.

Me acuerdo de que siendo muchacho me parecian por lo comun tan tristes aquellos hombres que tenian fama de sabios, que me inspiraban un cierto horror al estudio. Yo no pido por esto una alegría extravagante que se explique por carcajadas de risa, que nos haga charlar como papagayos, saltar y brincar como corzos, ni hacer cosas que se equivoquen con la locura, sino una alegría que no se aparte de la buena crianza, que adorne sus complacencias con un semblante risueño, y que de tiempo en tiempo produzca la decente agudeza para reir, dexando tambien á los demas la proporcion de divertirnos con sus producciones.

No puedo aguantar á aquellas gentes severas, que con su ayre grave quieren imponer respeto á todo el mundo, y que no saben sufrir otros discursos que los que tienen por objeto las grandes máxîmas de Estados, y otras semejantes, sin mezclar jamas en ellas algun chiste gra-

cioso para reir, ó alguna historia salada para divertir el tiempo.

En fin, el hombre que en buena compañía no sabe hablar jamas sino de lo que ha leido, se expone él y sus queridos autores á ser tenidos por doctores muy consumados en el arte de fastidiar.

Fuera de esto, la alegría es el contraveneno de las pesadumbres, y aparta de nosotros mil enfermedades: tiene los espíritus despiertos, y se burla de los caprichos de la fortuna: calma la tempestad de las desgracias: nos hace gustar las honestas delicias: de la vida, y la prolonga años enteros. En fin, es la alegría justa amada de los hombres, como que suaviza sus penas.

La verdadera alegría
es hija de la conciencia,
por eso solo está alegre
aquel que la tiene buena.

De la Tristeza.

En considerando maduramente todas las cosas de este miserable mundo, sacamos en claro, que nada hay en él que sea digno de alegría ni tristeza; pero no obstante, la primera, por ser útil á la salud del cuerpo, parece mas razonable que la segunda, la qual nos consume.

La tristeza es ordinariamente la precursora de las desgracias, y ésta nace de la imaginacion, la qual no siendo otra cosa sino una falsa representacion de aquellos objetos que nuestras corrompidas ideas por el amor propio reciben como accidentes funestos dignos de nuestra afliccion, nos impide considerar atentamente el motivo de nuestra pesadumbre, que no suele tener otro fundamento, que nuestra propia soberbia ó flaqueza.

Despues de esto, todo lo que vemos, lo que poseémos, amamos, aborrecemos, buscamos, ó evitamos en este mundo, ha de perecer, y ha de destruirse necesariamente; y si todo lo que debe desaparecer

es en el fondo una nada, me parece una locura el que hagamos caso de ello.

El hombre se desespera alguna vez por la pérdida de los bienes, sin los quales vino al mundo, y sin los quales tambien ha de volver á la tierra. Otro siente un extremo dolor por la muerte de algun pariente ó amigo, sin reflexîonar, que, no siendo el hombre considerado sin su alma otra cosa que un saco de tierra, no puede por conseqüencia subsistir siempre, y que segun el curso de todas las demas cosas debe tambien él deshacerse y convertirse en polvo. Otro llora hoy su gran miseria, pudiendo ser que mañana todo le sobre. Otro muere de enojo al ver su reputacion ofendida por la lengua de algun maldiciente, y dá por fundamento de su pesadumbre varias palabras que apenas hieren el ayre, y cuya impresion no tiene mas consistencia que su mismo sonido. En fin, vanidad de vanidades, y todo vanidad.

Mal haces si te entristices
por las cosas de esta vida,
porque todas ellas pasan,
y como humo se disipan.

Del Miedo.

Habiendo dado la naturaleza al hombre la pasion del miedo como una guardia de la vida y de los bienes, y los cinco sentidos como centinelas para velar sobre los peligros exteriores, me parece infundado el desprecio que hacemos del cobarde. La valentía de ánimo es un don de la naturaleza : y no habiéndonos hecho nosotros á nosotros mismos, no es falta nuestra si carecemos de esta ventaja, porque la naturaleza, gobernada por Dios, ha distribuido sus favores sin consultarnos para ellos; y así me parece que debemos mas bien compadecer á esas pobres gentes, que insultarlas.

Un hombre guapo no pretende jamas establecer su reputacion de tal á expensas de semejantes miserables, y no sufrirá tampoco que insulten en su presencia sus personas.

El cobarde es ordinariamente la presa del fanfarrón, y aunque éste es igualmen-

te que el otro de una misma familia, procura, sin embargo, salvar las apariencias. Muchos he conocido en el mundo de este carácter; y algunos tambien que han tenido la desgracia de tropezar con gentes cuya dulzura y natural hombría de bien hacian creer á estos fanfarrones que esta misma buena crianza era miedo; pero habiéndolos estrechado demasiadamente, han hallado al fin en ellos tanto brio, como suponian ellos de pusilanimidad: de suerte, que su misma arrogancia los ha vendido; y estos mismos fanfarrones han sido agregados por último al brillante cuerpo de los cobardes.

El miedo es una pasion
muy superior á nosotros,
y así compadece siempre
al que vieres que es medroso.

De la Vista.

La vista es la antorcha del cuerpo, y la centinela que Dios ha colocado expresamente junto al juicio, á fin de que por medio de su vigilancia pueda el hombre hallarse advertido de los peligros que le amenazan, y hacer de modo que la prudencia los evite despues. Ella fué el primero de los sentidos que se rebeló contra la razon, y la que atacó en el paraíso terrestre á la inocencia de Eva, y la que hoy dia ciega la razon de los mortales.

Los ojos venden al corazon: son los que producen nuestros deseos criminales; los que hablan sin tener lengua, y los que se explican con gran facilidad, aunque son mudos. Los antiguos imaginaron ciego al amor, y sin embargo es en los ojos donde reside, y desde donde dispara sus primeros tiros. Si David no hubiera mirado á Betsabé, al sabio Josef la muger de Putifar, los dos viejos á la casta Susana, Herodes á su cuñada, y tantos

otros como han caido en el crímen por la vista, no habrian provocado contra ellos el justo castigo del Cielo, el qual es inseparable de la iniquidad.

Los ojos son las fuentes del corazon, y las lágrimas sus testigos. Si estas se vierten por amistad, parecen perlas; pero si es por rabia, entonces son gotas emponzoñadas. De las de las mugeres no debemos fiarnos, ni hacer caso alguno generalmente, porque como su curiosidad es tan grande, no les permite ésta el tener los ojos cerrados, y así su indispensable humedad las produce con freqüencia.

La muger que siempre astuta
llora con facilidad,
mas bien que por pesadumbres,
por si nos puede engañar.

Del Fastidio.

No es permitido al hombre el fastidiarse, porque el fastidio es un efecto de la holgazanería. En ocupándonos en lo que debemos, nos libertamos de él, y nos

ponemos en estado de dar una buena cuenta del tiempo quando se nos pida. El fastidio es un ente que el hombre ha formado para su propio tormento. Esta es una desgracia que el prudente no conoce, y que el insensato encuentra por todas partes. Los brutos la ignoran, porque siguen las leyes de su instinto; solo el hombre se fastidia, porque no usa bien de su razon y libertad. Este es un mal, cuyo remedio tiene cada uno en su mano. Una muger que se entretiene en quitarse las pulgas, es preferible á un hombre que nada hace.

La naturaleza aplicada á un trabajo continuo, jamas se para un instante, antes bien se ocupa sin cesar en mantener sus obras; pero el hombre quiere mas bien holgar, que imitar á esta gran madre, que arreglada por su Criador, es igualmente sabia y laboriosa en sus útiles ocupaciones.

Conocí un hombre que se quejaba con freqüencia del fastidio; díxele, que el verdadero secreto de libertarse de él era el de ocuparse en alguna cosa: á lo que me respondió, que el medio mejor que él

habia encontrado para vengarse del tiempo, que todo lo consume, era el dexarlo pasar sin hacer nada. Véase aquí un razonamiento muy propio de un acerrimo partidario del fastidio, á quien el diablo proporcionará algun dia los medios de sacudir la pereza, ocupándose en cosas que no serán por cierto de su gusto.

Si en vez de vivir ocioso
al trabajo te aplicáras,
no conocieras el tedio,
cuyas resultas son malas.

De la Sospecha.

La sospecha es el fruto de una mala conciencia, y el efecto del temor que se tiene de ser pagados en la misma moneda, con la qual regalamos á los otros. El ladron piensa que todo el mundo roba, y solo un espíritu corrompido juzga fácilmente capaces de maldad á todos los demas.

La embidia y la sospecha producen casi un mismo efecto, porque la primera de-

vora á su dueño, y la segunda le causa continuas inquietudes.

Un hombre sospechoso se parece á una bestia feroz que muerde á los que quieren acariciarla; y así con mas facilidad puede uno avenirse con qualquiera otro sugeto defectuoso, que con una persona de esta clase, porque quantas medidas se toman para precaverse de sus sospechas, son enteramente inútiles.

Un hombre de bien no es jamas de este carácter; solo el malvado es quien interpreta mal hasta las acciones mas indiferentes: de modo, que quanto se habla en su presencia le ofende; ¿y por qué? porque él mismo se reconoce digno de oprobio á pesar de su amor propio.

En fin, yo quiero mas bien el trato de un hombre limitado que no sea sospechoso, que el de un gran talento con esta falta, porque el primero se paga de la razon, y el segundo se enfada y enoja á cada instante.

El carácter sospechoso
supone un mal corazon,
porque siempre á los demas
atribuye lo peor.

De la Ira.

Un hombre de entendimiento dice, que aunque la cólera no es otra cosa que una breve furia, sus efectos son, sin embargo, desaciertos de larga duracion. Ello es bien cierto que la ira es uno de los principales obstáculos de la tranquilidad de la vida, y de la salud del cuerpo, porque ofusca el juicio, y ciega á la razon: ella se sirve de pocas palabras para hacer infeliz al hombre, y atraerle mil desgracias, y le hace perder en pocos minutos amigos, cuya adquisicion le habia costado años enteros.

¡Quantas personas han pasado el resto de sus dias sintiendo inutilmente el haberse dexado arrebatar de la cólera por algunos momentos! Fuera de esto, la amistad de un hombre semejante es importuna á los que tienen juicio, y su compañia un laberinto, del qual se sale dificilmente una vez que se ha entrado en él. De la cólera á la rabia no hay mas que dos dedos, y así el colérico y el ra-

bioso estarian mejor en los Orates. La cólera privà al hombre del uso del juicio, y le ciega de tal modo, que no vé el peligro á donde se arroja : ella le cierra los oidos de manera, que no escucha razon, y le hace proferir palabras, de las quales se arrepentirá toda la vida.

El hombre violento presenta á cada instante motivos á los que le quieren mal para hacerle daño, y de todos aquellos que se aborrecen, ninguno puede perderse con mas facilidad que el colérico. El flemático tiene siempre gran ventaja sobre él: de manera, que si llegan á las manos, yo pongo ciertamente por éste. He visto muchos exemplos de esta verdad, y he observado que conservándose la razon á la sombra del buen juicio y de la espera, se triunfa con facilidad del mas loco y ciego despecho. En fin, la cólera solo sirve para ofender á Dios, arruinar la salud, dar gusto á los que nos quieren mal, perder los amigos, y hacerse semejantes á las bestias.

Huye todo quanto puedas
de los hombres iracundos,

pues te expones, si los tratas, á los mayores disgustos.

De las Desgracias.

Apenas hay sugeto que reflexîone lo que son en sí mismas las desgracias que nos suceden. El amor propio ofendido toma sobre sí el cuidado de representarlas á nuestra idea, y Dios sabe cómo se desempeña. Aquel tiene la perversa industria de hacernos parecer del tamaño de las mas altas montañas, lo que apenas podriamos distinguir sin su socorro; y á fuerza de tenernos á la vista este monstruo horrible, quedamos al fin abrumados baxo de su peso. Nuestro espíritu abatido nos impide encontrar los medios que podrian consolarnos, y cayendo así por último en la desesperacion, nos hacemos incapaces de socorro.

Con razon se dice, que las desgracias aman la sorpresa, supuesto que ellas se acercan solo á aquellos que no están preparados para recibirlas. Conozco esta

verdad por experiencia, y por lo mismo puedo asegurar, que no me han sucedido otros accidentes desagradables en todo el discurso de mi vida, que aquellos que menos temia y esperaba.

Muchas veces escapamos del furor de una tempestad, si conservamos la debida presencia de espíritu, para poner en uso todo lo que puede librarnos del naufragio; pero aquel que pierde la esperanza, dexa el timón, y se abandona al arbitrio de las olas, no debe esperar otra cosa, sino una pérdida infalible.

Trabajemos, pues, en moderar nuestras penas, conservemos la presencia de espíritu, mas necesaria entonces que jamas: confiemos en la bondad de Dios, y no olvidemos emplear todos los medios que nos dicte la prudencia, ya sea para consolarnos en nuestras desgracias, ó ya para sabernos levantar de nuestras caídas.

Quando las desgracias vienen
porque el Señor las envia,
es menester con paciencia
aguantarlas y sufrirlas.

De los Beneficios.

Un alma bella no encuentra mayor gusto que socorrer á los desgraciados; pero un alma vil y baxa siente el beneficio que otro recibe. La noble ambicion de la primera en hacerse otras tantas criaturas quantas son las perseguidas de la fortuna, no puede dexar de ser agradable á Dios; pero la envidia de la segunda, á la vista del bien que se hace al próximo, es propiamente el vicio del diablo. No podemos acercarnos mas al gran modelo de perfeccion que nos está propuesto, que quando nos aplicamos enteramente á hacer bien á nuestros semejantes. Por este medio podemos en algun modo parecernos á nuestro Padre que está en los Cielos, el qual sin distincion de los buenos ni los malos hace salir el Sol sobre todos los hombres.

Si la suerte de los Grandes y ricos de la tierra es digna de una envidia santa, es solo porque estos se hallan en es-

tado de socorrer á los pobres, y de proteger á aquellos á quienes los infortunios tienen abatidos. Quando la buena voluntad se halla unida al poder, es, segun mi dictámen, la mas preciosa gracia que el hombre puede recibir del Cielo; y hasta la primera es una excelente virtud, aunque se encuentre sola.

Las bellas acciones y las buenas obras son con respecto al alma lo que el alimento con respecto al cuerpo: de modo, que los beneficios que se derraman sobre los otros, durante esta vida, son prendas seguras de aquellas con que Dios ha prometido colmar en el Cielo la beneficencia y caridad. Estas amables virtudes no quedan tampoco sin recompensa en este mundo, porque nos grangean la admiracion, el respeto y el amor de nuestros contemporáneos, y nos afianzan tambien los mismos honores de parte de la posteridad.

Me acuerdo de haber leido un epitafio que conviene á mi idea, el qual se explicaba de este modo: » Lo que gas»té, lo perdí; lo que poseí, lo dexé á »los otros; pero lo que dí á los po-

„bres es aún mio." La muerte hace pasar á manos agenas los bienes que se han poseido durante la vida; pero los beneficios hechos á los necesitados, son un tesoro del qual Dios mismo se ha encargado de ser el depositario, ofreciéndonos ciento por uno quando los demas bienes nos falten. Los intereses que sacamos de ellos en este mundo son los votos y oraciones de aquellos á quienes hemos socorrido, y de la parte de Dios nos queda despues por recibir en el otro una vida eternamente dichosa.

Dichoso tú, si los bienes
que el Señor te ha concedido
los empleas liberal
en socorrer desvalidos.

De las quatro Estaciones del año.

Yo me figuro las quatro Estaciones del año como quatro hermanos, de los quales la Primavera es el mas pequeño. En

efecto, su fisonomía es hermosa, su ayre risueño, y todos sus movimientos los de un amable muchacho. ¡ Qué agradable mezcla no produce de mil bellas cosas! Ella despierta nuestros sentidos, nos hace gustar mil placeres, renueva nuestra sangre y nuestros espíritus, y nos abruma báxo de montones de hojas y de flores, las quales cubiertas á la mañana de rocío, nos hace conocer que el Cielo mismo se presta gustoso á sus hermosos juegos, y le dá con que embelesar á los hombres.

Ella alegra nuestros ojos con la variedad admirable de mil colores y dibuxos; encanta nuestros oídos con la deliciosa harmonía de las avecitas: lisonjea nuestro olfato con lo mas exquisito y suave en materia de perfumes, y provée abundantemente la cocina de legumbres propias para despertar el apetito. Ella destierra las tempestades y los aquilones, y acompañada siempre de zéfiros suaves, nos templa el ayre, y tiene cuidado de extender ámplios verdes tapices para la comodidad de los pastores y pastoras, á quienes forma parasoles de todas las ra-

mas que ha procurado vestir de hojas, á fin de que á la sombra de ellas puedan coger la violeta, y danzar al son de la zampoña. Pero semejante á los muchachos, en quienes el mérito se manifiesta antes de la edad, su carrera no es larga, y desaparece presto para hacer lugar al Verano.

El Verano.

Éste tiene sus primores, y primores mas sólidos, porque madura perfectamente diversas buenas frutas, y proporciona al gusto mucho de lo que la Primavera ofrecia solo á la vista; pero su humor es mas adusto. Con él deben evitarse las largas conferencias, sopena de verlo enardecerse hasta el punto de hacerse insufrible. Su alteracion es tanta, que á veces no bastan rios enteros para apagar la sed. Él se lisongea de ser hijo del Sol, y padre de la naturaleza, y etas prerrogativas le inspiran tanto orgullo, que qual otro Faetón quemaría todo el Universo, si el Cielo no le contuviera, y obligára á ceder su plaza al Otoño.

El Otoño.

Este mucho mas sabio que el anterior procura desde luego conciliarse la amistad de los hombres, moderando los ardores de su hermano. Él es el mejor ecónomo y proveedor del mundo. El granero del labrador, y la bodega del vinatero son sus principales almacenes. Él se cree muy honrado con la qualidad de ayuda de cámara de la tierra; y no sin razon se abroga este título, pues le vemos ocupado siempre en despojarla hasta de la camisa. En fin, luego que la ha dexado enteramente desnuda, por no saber que hacerse, procura divertirse haciendo beber vino nuevo, y asar castañas; peró fatigado de tanto trabajo, dexa todo lo que habia juntado á su succesor el Invierno.

El Invierno.

Este último con su ceño arrugado parece que no nació para hacer bien á nadie. Él es el espantajo de los hombres y de las bestias: su monstruoso aspecto ha-

ce temblar, y su ayre frio enfada á todo el mundo: sus expresiones son tan heladas como la misma nieve, y su ambicion el fuego y los licores: su asiento es la chimenea, y su gabinete la estufa: sus muebles pobladas pieles, y sus carrozas patines: sus cortesanos son los Suecos, y sus pages los Lapones: sus ruiseñores los Dinamarqueses, y sus mariposas los Moscovitas. En fin, todo el mundo hace votos al Cielo por su partida, y espera con ansia la vuelta de la amable Primavera.

En cada Estacion del año
tenemos justo motivo
para bendecir la mano
que las ha distribuído.

De la coyuntura favorable.

Lo esencial de la conducta de un hombre que quiere adelantar en el mundo, ó que desea mantenerse en posesion de las ventajas que goza, es el saber aprovecharse de la coyuntura favorable, y sacar partido de ella; porque muchas ve-

ces lo que llaman buena ó mala fortuna es la obra de un momento.

He observado con atencion el orígen de la fortuna de varios personages que he conocido durante mi vida, y he encontrado, que una sola ocasion favorable, de la qual supieron aprovecharse, bastó para hacerlos felices. Una ocasion semejante puede llamarse propiamente fortuna; pero ésta es tan caprichosa, que rara vez vuelve á presentarse si la dexan escapar.

Por último, las grandes fortunas y las grandes desgracias de innumerables gentes que he conocido en varias Cortes de Europa, me hacen ver, que el hombre que no tiene la habilidad de saberse aprovechar de la coyuntura favorable, jamas hará nada ni en la guerra, ni en la Corte, y que aun quando se halle en un puesto eminente, tampoco sabrá conservarse en él, ni disipar los enredos de sus contrarios, si no se aprovecha del momento favorable.

El saber aprovechar
una ocasion favorable,
es de los hombres de Corte
toda la ciencia y el arte.

De la Risa.

La risa es una qualidad que solo pertenece al hombre, porque la naturaleza no ha dotado á ninguna otra criatura de la facultad de reunir en su cara tal conjunto de gestos. La risa es la muestra de la alegría, y muchas veces la trompeta de la locura. Reír en toda ocasion es prueba de hallarse uno sorprehendido agradablemente á la vista de quantas bagatelas se presentan, y una señal infalible de un genio simple, y sin discernimiento. El hombre que rie mucho, se hace al fin ridículo; y la muger que tiene este defecto, es digna de compasion, porque ademas de que la modestia, verdadero adorno del sexô, pierde mucho, la risa desfigura tambien el rostro, agrandando la boca, hinchando las mexillas, y ensanchando las narices: de manera, que la cara mas bella del mundo viene á parar en una especie de máscara. Es cierto que una pequeña sonrisa realza la hermosu-

ra ; pero es necesario hacerlo con cierta discrecion, y excusar que la voz no se haga entender en toda su fuerza. Es de advertir, que los grandes hombres son por lo comun poco risueños, pues parece que su modestia no les permite una alegría extravagante ; y yo he conocido gentes de entendimiento que preferian las lágrimas de Heráclito á la risa de Demócrito.

Fuera de esto he leído en la historia que varios sugetos han llevado su extravagancia hasta el punto de rebentar de risa. Valerio Máximo hace mencion de un cierto Filemón, que habiéndose hecho traer un cesto de higos, y divertídose en verlos comer á un asno, mandó que le hicieran tragar despues un vaso de vino, temiendo no le ocasionáran algun cólico, cuya idea le pareció tan graciosa, que murió á fuerza de reír. Celio Rodiginio habla tambien de un loco semejante, llamado Zeuxis, que habiendo pintado una vieja en cierta postura indecente, le causó despues tal risa el pensamiento, que tambien murio de ella. Véase aquí por cierto una muerte bien rara y

ridícula, porque muy pocos hombres son los que rien al despedirse de este mundo; antes bien salen de él con las lágrimas en los ojos, y el arrepentimiento en el alma.

El reír por qualquier cosa
mas poco favor te hace,
porque así das á entender
que tienes cortos alcances.

De la Educacion.

La educacion de un niño se parece al cultivo de las plantas. Esta es un fondo en donde sembrada la infancia del hombre, produce despues frutos proporcionados á su bueno ó malo terreno. La bella uva que con tanto gusto vendimiamos en el Otoño, nos cuesta bastantes cuidados en la Primavera. Así pues, como la buena ó mala conducta del hombre depende principalmente de la educacion, un padre está obligado á aplicar á ella todos sus conatos, á fin de que sus hijos contraygan un verdadero amor á la

virtud, y una grande aversion al vicio; lo que es sumamente fácil en la tierna edad, la qual se presta como la cera, á todas las figuras que se la quieren imprimir: y así como la costumbre es otra naturaleza, así tambien la virtud se hace tan natural al hombre, que despues le es muy difícil abandonarla. Con el vicio sucede lo mismo, pues una vez que llega á introducirse en el corazon de un niño, cuesta despues mil penas el desarraygarle.

Aparte de esto, yo no creo que un padre esté obligado á mas, respecto de sus hijos, que á darles una buena crianza, y ayudarlos á ponerse en estado de hacer una honrada carrera; pero inquietarse luego por acomularles muchos bienes; privarse, como he visto á varios, de sus propias satisfacciones y comodidades racionales, para dexarlos grandes señores despues de su muerte, me parece una insigne é imperdonable locura en este mundo y en el otro.

Si el proverbio antiguo es cierto, el qual dice: » Dichosos son en este mundo » los hijos cuyos padres están en el in-

„fierno:" yo creo que mi opinion es cierta y segura.

La educacion de los hijos
exîge grandes cuidados,
como que de ella depende
el que sean buenos ó malos.

De la Glotonería.

Un hombre que fixa su felicidad en el vientre, es bien miserable. El hombre debe comer para vivir, mas no vivir para comer. Creo que el ansia de hartarse es mas bien una señal de nuestra imperfeccion, que del buen gusto de una criatura racional.

Nos habla la antigüedad de un cierto Milón de Crotona, el glotón mas señalado de su siglo, el qual unia á su voracidad una fuerza tan extraordinaria, que llevando á los Juegos Olímpicos un Buey de cinco años sobre sus hombros, le mató de una puñada, y lo devoró despues. La historia habla tambien de otro bruto semejante, el qual, en el reynado de Au-

reliano devoraba Carneros, Puercos, y otros animales vivos. Algunos años há que se vió en Dresde un glotón igual, que no perdonaba ni á las piedras.

Quando los Suecos tomaron á Praga, se presentó á Carlos X una de estas bestias voraces, ofreciendo comerse un Puerco vivo; lo qual, oído por el viejo General Konigsmark, dixo al Rey, que aquel hombre era hechicero, y sabía por lo mismo hacer parecer lo que no exîstía en realidad. Ofendido el glotón de semejante incredulidad é impostura, dixo al Príncipe, que si queria mandar al Oficial que se quitára la espada y las espuelas, se lo comería vivo al instante. Esta oferta espantó tanto á Konigsmark, que al punto se retiró mas que de páso, contentándose mas bien con un poco de confusion y vergüenza, que de ser convencido á costa suya del buen apetito de aquel bárbaro.

El hombre debe comer
con sobriedad y medida,
porque es vicio capital
el de la glotonería.

De la Hermosura.

Dos especies hay de hermosura : una con respecto al alma, la qual consiste en la virtud y sabiduría, y otra con relacion al cuerpo, y ésta resulta de la justa proporcion de todas sus partes. Ahora, el hombre que reune en sí estas dos qualidades, merece ciertamente el incienso que se da á la perfecta belleza; pero rara vez se encontrará una persona dotada al mismo tiempo de estos dos favores del Cielo. Bastantes gentes se han visto que han tenido la hermosura del alma, y cuyos cuerpos han sido monstruosos, como Sócrates, Esopo, el Filósofo Crates &c. Tambien se han encontrado otros, los quales han ocultado un alma, la mas mala y pérfida del mundo, baxo la figura mas hermosa : testigo de ello Absalón, la bella Elena de Grecia, y Dios sabe quantos otros que no merecen estamparse en el papel.

La hermosura del cuerpo es una gran

don, pues sirve al hombre de una gran recomendacion en el mundo; ella tiene, así como el Imán, una virtud secreta para atraerse la admiracion de los mortales, y con particularidad la del sexô femenino, el qual considera muy rara vez lo que contiene el vaso, como éste sea de una hermosa porcelana. Este defecto no es sin embargo absoluto, porque yo he conocido mugeres que con su mala eleccion han verificado el proverbio Italiano, que dice: "Hermoso es lo que "agrada, no lo bello." Hipparchîa, hermana de Metrocles, enamorada del feísimo Crátes, justifica esta verdad.

Fuera de esto, la hermosura del cuerpo es en el fondo una nada muy parecida á un barniz de que la naturaleza se sirve para dar lustre á sus obras de barro, las quales no son otra cosa que sacos de tierra, sujetos freqüentemente á mil imprevistos cambios y accidentes, y reservados al fin de una corta duracion para pasto de gusanos.

Es belleza un bien muy fragil,
con los años siempre mengua:

se reprehende en las hermosas
el que há tiempo que son bellas.

De la Amistad inútil.

Un amigo inútil es como una casa de campo de donde no se saca utilidad alguna, y cuesta mucho el mantenerla. Jamás he querido á mis amigos por interés; pero el tiempo me ha enseñado, que amar las gentes sin algun fin, es una especie de prodigalidad de corazon; y una ligereza de inclinacion, hacer amistad con todo el mundo, de la qual no dexa uno de arrepentirse despues. Fuera de que, de todas las máscaras de que se sirve el hombre para engañarnos, no hay otra que mejor lo consiga, que la de la falsa amistad, contra la qual no hay mas seguro garante que la desconfianza.

He tenido medio, por las diversas situaciones de mi vida, de poder analizar á mis amigos, ó que se decian tales, y he visto al fin, que de todos aque-

llos que tenia durante la prosperidad, no habia uno siquiera capáz de sufrir la mas pequeña prueba de adversidad. A estas horas, que me queda ya poco que vivir, creo que no debo cansarme en adquirirlos semejantes, pues por lo que hace á amigos verdaderos, ya he desesperado de encontrarlos; y asi, tratando á todo él mundo con crianza, me envuelvo en mi indiferencia, y no pido, ni quiero tener en adelante estrecha amistad con nadie. La verdadera amistad se halla solo entre los buenos; y como los mundanos no tienen otro ídolo que su fortuna, regularmente es falsa y aparente su amistad; y así es prudente cautela desconfiar de la que no aníma la caridad, y el verdadero desinterés.

La amistad sin interés
es verdadera amistad;
pero solo en la virtud
esta amiga encontrarás.

De la Curiosidad.

La curiosidad fué el origen de la desgracia del género humano : ella costó bien caro á Eva , y hoy produce infinidad de desdichas á los mortales. La curiosidad se divide en dos especies : la primera es el deseo de saber lo pasado por la historia , descubrir los secretos de la naturaleza &c. Todo esto es bello y loable , supuesto que por el estudio de lo pasado aprendemos á gobernarnos en quantas ocasiones se presentan , porque como dice Ciceron : " Ignorar los sucesos »anteriores á nuestra exîstencia , es ser »perpétuamente niños ; " pero nuestra curiosidad no debe extenderse á los Misterios Divinos , ni á lo que Dios ha querido tenernos oculto.

La segunda es un deseo vehemente de hallarnos informados de los negocios agenos , y esta curiosidad me parece infame. Los antiguos habitadores de Creta tenian leyes que les prohibian baxo

la pena de ser azotados con varas, el informarse de un extrangero, quién era, de dónde venia, y qué buscaba; y el que respondia á tales qüestiones, era tambien privado del agua y del fuego. La razon que daban para haber establecido esta ley era, que no infórmandose el hombre de los negocios de otro, podia mejor tener cuidado de los suyos propios. ¡Gran Dios! si en Europa se observára está ley, ¡quántas mugeres, y quántos hombres no veríamos expuestos á la vergüenza! Entre esta especie de curiosos se hallan algunos que parece no alimentan sus almas sino con las noticias de la conducta del próximo, los quales aplicados despues á censurarla, olvidan el cuidado que se deben á sí mismos.

Plutarco y Plinio elogian á un cierto Marco Poncio, romano, el qual no se habia informado jamás de lo que pasaba en Roma, ni aun en las casas mas inmediatas á la suya. Este es el medio de vivir con reposo, y de no turbar el de los otros.

La curiosidad es vicio
que debemos evitar,

si no tiene por objeto
el inquirir la verdad.

De la Ambicion.

Es muy natural en las grandes almas el deseo de immortalizar sus nombres á fin de que su descendencia pueda recoger laureles aun despues de su muerte, y hacerse así el objeto de admiracion de la posteridad. Plinio el jóven hace la siguiente confesion: "Yo no niego, di- »ce, que nada ocupa tanto mi espíritu »como el eficáz deseo que tengo de im- »mortalizar mi nombre : lo que en mi »opinion es una cosa digna de un hom- »bre de virtud, porque quien reconoce »su vida sin tacha, no teme el recuer- »do de la posteridad."

Es cierto que el deseo de brillar en la historia, el de hacer vivir su nombre en los siglos venideros, y el esforzarse para adquirir la immortalidad por la virtud, es una pasion digna de grandes hombres. Para llegar á tal punto se

encuentra placer en las penas, alegría en las fatigas, se desprecian los peligros, y hasta la misma muerte. Es menester convenir en que una disposicion semejante es superior al hombre, y en que el alma de un héroe hace ver claramente los sentimientos de desprecio que tiene por todo aquello que no mira á la immortalidad.

La virtud sirve de espuela á la ambicion de los grandes hombres; y así no es de extrañar que ella no busque otra recompensa que una memoria eterna de sus gloriosas empresas. Es muy natural aborrecer el olvido, y por lo mismo aquel que muere sin ser colocado en la memoria de los hombres, con aquellas ventajas propias de su virtud, es enteramente desterrado de ella, desde que cesa de mantener con su presencia la idea que se tenia de él. El hombre eternizado, digámoslo así, por sus bellas acciones, sirve de modelo á los demás en los siglos venideros; y fuera de que su nombre será siempre respetado de la posteridad, tiene tambien el placer de preveer la consideracion que lograrán igualmente sus descendientes.

Las antiguas historias nos presentan una multitud de estos exemplos ; y yo no extraño que esta ambicion haya reynado tanto en aquellos tiempos remotos, quando considero que la Antigüedad no tenia las ideas que nosotros de la immortalidad del alma, y que por lo mismo ambicionaban á lo menos á immortalizarse por la virtud.

Esto no es de admirar; pero yo me sorprehendo al ver la misma pasion en los malvados, como por exemplo, un cierto Herostrato que quemó el templo de Diana de Efeso por solo el motivo de eternizar su nombre; y un Ogniato, asesino de Galeazo, Duque de Milan, que sufriendo el castigo debido á su delito, se consolaba por estas palabras:

¡ Cruel muerte ! mas despues
será perpétua mi fama:
la posteridad remota
dirá mi bárbara hazaña.

De la Urbanidad.

La urbanidad es el fruto de una buena educacion, y la señal verdadera de un noble nacimiento: ella tiene la propiedad de ganarse á poca costa la benevolencia de las gentes, y hasta la misma rusticidad no sabe resistirla sin confusion. Comazzo dice bien: "Por lo comun se »compra la humana benevolencia mas »con la cortesía del trato, que con el »precio del oro." Ello es cierto, que la urbanidad tiene efectos maravillosos, porque obliga al hombre á ser honrado, inquieta al codicioso, suaviza al brutal, y retira al loco.

La urbanidad es un primor en los Príncipes, en la nobleza un adorno, y una maravilla en el comun de las gentes. Ella sirve freqüentemente de carta de recomendacion al hombre, y le procura á veces mas honor del que merece. Pero como las apariencias suelen ser engañosas, la excesiva urbanidad parece alguna vez sos-

pechosa al prudente; porque no es cosa rara en el mundo el encontrar personas que llenan de urbanidades á aquellos á quienes tienen un mortal aborrecimiento.

Yo creo que el medio mas seguro de medir la urbanidad de los otros es, el de proporcionarla siempre cada uno á su merecimiento, y no aceptar de ella mas que lo que le corresponda, mirando el resto como un lazo que nos arman, ó una burla que nos hacen.

El ser cortés no lo olvides
si quieres ser estimado,
porque los hombres se pagan
del buen modo, y del buen trato.

Del curso ordinario del mundo.

Comazzo dice: "Si la virtud se vé sin
» la compañía de la fortuna, suele el
» vulgo atribuir á falta de prudencia to-
» dos los vicios é injurias de la persecu-
» cion." Aunque el hombre desgraciado se gobierne con la mayor prudencia del

mundo, las gentes no dexarán por eso de atribuirle siempre la causa de sus infortunios. El Cardenal de Richelieu, quando hablaba de algun sugeto perseguido de la fortuna, á quien no tenia gana de proteger, nunca dexaba de decir, que desgraciado é imprudente eran para él dos palabras que significaban la misma cosa.

He visto diversas personas elevadas, mas con corto mérito, pasar por las mas completas del mundo; despues las he vuelto á ver en la desgracia, ser tenidas por miserables, y sin calidad alguna apreciable. Estas gentes parecian muy amables en la prosperidad, porque no teniendo entonces necesidad de nadie, se hallaban en estado de hacer bien á los otros, los quales los estimaban solo por interés; pero luego que la fortuna los dexó sin medios de ser útiles, de repente se vieron despreciados, y aun aborrecidos.

Antonio Perez dice bien: "El amor y »el ódio mudan el juicio al hombre, pues »á unos mismos ojos, hoy es negro lo »que ayer tenian por blanco." Mientras que un hombre tiene con que mantener una buena mesa, todo el mundo celebra

y aplaude su buen gusto : mientras tiene dinero que expender, admiran su generosidad : mientras tiene un gran fausto, le encuentran el ayre mas noble del mundo; pero luego que todo esto le falta, nadie mira siquiera que es hecho como los demas hombres, ni le halla el mas corto mérito.

De un Rector de un Colegio se cuenta, que aunque de talentos limitados, todos los Colegiales aplaudian sus dichos como sentencias, alababan su entendimiento, celebraban como agudezas sus despropósitos. Concluido el tiempo de su Rectorato proseguia con la misma audacia, proponiendo disparates : mas como entonces le decian todos que discurria muy mal, que no lo entendia, y que todo lo equivocaba, preguntó un dia, señores, no me dirán ¿qué se ha hecho aquel entendimiento que yo tenia el año pasado?

Es verdad que este es el curso ordinario del mundo; pero el sabio, que sabe pesar las cosas, trata todas estas de ilusiones; porque no ignora que la lisonja que acompaña á la buena fortuna, y el desprecio inseparable de la mala, son en

el fondo de un mismo valor, supuesto que el hombre es siempre el mismo, y que como la lisonga no ha tenido otro objeto que sus riquezas, el desprecio que le ha sucedido no es mas que un efecto de su indigencia: de suerte, que siendo estas dos maneras de obrar compañeras inseparables de ambas situaciones, él se consuela facilmente con tanta mas razon quanto sabe, que todo lo que tiene fin es de corta duracion.

En conseqüencia de esto, no siente hallarse sin buena mesa, la qual le traía una infinidad de adictos, como llama la miel á las moscas; tambien se alegra de verse libre de tantas espías y enemigos pagados, quantos componian en otro tiempo el número de sus criados: no teme tampoco los ladrones ni embusteros, porque nada tiene que perder, y dice en fin: gocemos de una profunda paz. La indiferencia cristiana es el mayor bien, porque un corazon que nada del mundo desea, posée todos los bienes.

No te aflija el verte pobre,
pues los bienes de este mundo

suelen servir de tropiezo
á la salvacion de muchos.

Del hombre de nacimiento sin bienes.

Un hombre de nacimiento sin bienes, es como la perla de la fábula sobre un estercolero, de la qual no hace el gallo caso alguno. Un hombre de calidad, que por desgracia no tiene con que sostener su clase, se encuentra muchas veces expuesto á la indiferencia de ciertos gallos, que en su espíritu de gallinas prefieren un grano de avena á una perla del oriente. El nacer de sangre ilustre es una gracia del Cielo; pero al mismo tiempo es una terrible carga, si no se halla acompañada de bienes para pagar el grano á los gallos que estamos obligados á freqüentar. El título sin renta puede compararse en lo temporal, á la fé sin obras en lo espiritual.

El nacimiento es uno de aquellos bie-

nes que solo la naturaleza puede dar; pero quando le faltan medios para sostenerse con una pompa proporcionada, entonces se parece á un magnífico proyecto, pero imposible en la execucion. El hombre de un nacimiento ordinario sin bienes algunos, tiene mas proporciones para adquirirlos, que un pobre Caballero, pues á éste no le son permitidos ciertos pasos que degradan la nobleza; y un Artesano no encuentra profesion alguna inferior á él.

Es para espantarse el ver que el nacimiento, que ningun Monarca puede dar, se forme envidiosos, y que la sangre ilustre, que naturalmente debia servir de recomendacion en el mundo, sirva de obstáculo, á veces, á nuestras ventajas. En fin, la indigencia, á todos es pesada, pero á un hombre de honor le aterra. Un hermoso vaso de porcelana de veinte escudos, entre las manos de un rústico, no es mas estimado que un jarro de tierra que valga pocos quartos; pero no obstante, el primero tiene siempre su valor en sí mismo, y el se-

gundo es mas propio para adornar la Cabaña de un Pastor.

El nacer de sangre ilustre
es una gracia del Cielo;
pero es muy pesada carga
como la falte el dinero.

De la Tenacidad.

Tuve en un cierto tiempo de mi juventud la locura de tomar por mote el siguiente pasage de Virgilio:

"Si no obligo á deydades Celestiales,
"procuraré ganar las Infernales."

Yo queria insultar juntamente al Cielo y la tierra ; pero el primero me ha castigado, como lo merecia ; y la segunda se ha burlado de mí. La tenacidad es propia de las bestias, y de los necios. Saber afloxar , y rendirse en ciertas ocasiones , es señal de prudencia. El diestro Piloto arría las velas quando el viento so-

pla con demasiada violencia ; pero el imprudente va con todo el velamen á su ruina. Ceder á la necesidad , es cordura. Pocas son las veces que salimos bien de nuestras empresas , si nos obstinamos : y yo he visto muchos hombres arruinados y perdidos por causa de su maldita tenacidad.

Un hombre de entendimiento hace á veces una prudente retirada para dexarse ver despues con mayor brillo. La ignorancia y la tenacidad se dan la mano, y por esto cree siempre el necio , que su honor exîge el sostener sus falsas opiniones. He conocido muchos de estos extravagantes , que habiendo adelantado una vez alguna simpleza , han querido mas bien con su tenacidad perder amigos á quienes necesitaban, y debian por lo mismo manejar con prudencia , que apearse de sus primeros sentimientos.

Insigne locura es preferir la vanidad de las propias opiniones á lo útil y dulce de una buena amistad ; y así lo mas seguro es, quando nos hallamos obligados á tener algun trato con semejantes

personas, el dexarlas abundar en sus opiniones, y callar.

Necio mote es el de: " Antes que- "brar que doblarse." He visto un exemplo de ello en un hombre de calidad, quando estuve en Italia. Este Caballero, despues de haber insultado, no me acuerdo bien de qué manera, al Gobernador de Liorna, tuvo tambien la locura de atacarle al dia siguiente con la espada en la mano, en medio de la calle. Ya puede discurrirse lo que de aquí se seguiría. El General rodeado de sus Guardias, y de varios Oficiales de la Guarnicion, le hizo arrestar al instante, instruír su proceso, y condenarle á muerte. Sin embargo, el General, que era hombre de bien, sintiendo que este extrangero perdiese la vida, le ofreció su gracia, á condicion de que la pidiera; pero queriendo mas bien éste quebrar que doblarse, fué decapitado en la Plaza mayor de la Villa, y así pagó con la cabeza su invencible obstinacion.

" Ir con el tiempo " era el mote de Teodosio II. Desdichado aquel que no

sabe aprovecharse de él, y que quiere con sus desgracias coronar su tenacidad.

La tenacidad es propia
de animales sin talento,
y si tenáz es el hombre,
es muy semejante á ellos.

De la Afectacion.

La naturaleza es tan perfecta en sus obras, que no necesita que la hermoséen. Todo lo que permanece en su natural, tiene su mérito; por exemplo: Un hombre bien formado., que afecta ser hermoso, desfigura tan extraordinariamente su belleza, que se hace fastidioso, y otro mal formado, con la afectacion, se vuelve ridiculo. El hombre debe tener presente, que lo que es real no necesita de afectacion, y que todo lo que es afectado, es odioso.

La afectacion se extiende á veces tan lexos, que el hombre por un gusto depravado afecta ayres femeniles; y la mu-

ger se permite sin vergüenza muchas libertades que solo competen á los hombres. Yo me persuado á que Dios los aborrece tanto, quanto un hombre de juicio los detesta. Si Moysés, por órden del Señor, prohibió el vestido del hombre á la muger, y el de la muger al hombre, ¿con quánta mas razon no le sería odioso á aquel Legislador el cambio de ademanes, costumbres y movimientos de los dos sexôs? Fuera de esto, la afectacion sirve solo para sacar á las claras los defectos; y así, para juzgar sanamente de un hombre afectado, no se necesita mas que considerarle por el extremo opuesto á todo lo que dice y hace. Los falsos amigos, los fanfarrones y los hipócritas, son de este cuerpo; pero los últimos son los mas dañosos, porque desacreditan lo mas santo y sagrado, que es la verdadera Religion.

La afectacion en los hombres
tiene malas conseqüencias,
pues siempre viene á parar
en descubrir sus flaquezas.

De las opiniones de los Antiguos acerca del bien soberano.

Los antiguos filósofos tuvieron opiniones bien diferentes acerca de lo que podia hacer dichoso al hombre. Eschînes lo puso en el sueño. Píndaro sostuvo, que consistia en la salud; Zenón creyó encontrarle en la Corona que ponian á los que ganaban el premio en la lucha; los Corintios lo colocaron en el juego; Epicúro en la sensualidad; y otros infinitos en los honores, en las riquezas, en las dignidades, en la belleza del cuerpo, &c. y al fin, Aristóteles lo colocó en la virtud y sabiduria. Parece que entre los Paganos que se hallaban sin conocimiento de la immortalidad del alma, cada qual tenia razon de encontrar su bien soberano en aquello que mas lisonjeaba á su pasion dominante, supuesto que la mayor parte de las cosas de este mundo no es de valor alguno en sí misma, y que

la imaginacion de cada uno la dá su precio.

Eschînes, por exemplo, fué sin duda un flemático y un perezoso, y creyó por conseqüencia que el mayor bien consistia en el sueño, que su temperamento le hacia preferir á todas las cosas de la tierra.

Píndaro, segun parece, fué Valetudinario, y delicado, y no pudiendo soportar sus achaques é incomodidades, prefirió la salud á todo lo demas.

Zenón, hijo seguramente de algun azacán, amó por consiguiente los juegos de manos, y encontró su bien en las puñadas, que es en lo que consistia la lucha.

Los Corintios, gentes holgazanas, y para nada, pusieron la felicidad en el juego: testigo de ello Chilón, uno de los siete sabios de Grecia, el qual llegando un dia á su pueblo, le encontró enteramente ocupado en esta clase de despreciables bagatelas.

Epicúro, amigo de la sensualidad, puso en ella su gran bien, segun dicen sus enemigos, pues Lucrecio lo impugna.

Aristóteles, que tenia alguna idea de la immortalidad del alma, encontró su bien en la virtud y sabiduría. No me parece extraño que este filósofo haya tenido un sentimiento tan justo, porque hallándose con alguna luz de una segunda vida, no podia ser por lo mismo de la brutal opinion de sus contemporáneos.

Me espanto, por lo que hace á mí, de que entre tantos filósofos y grandes entendimientos como ha producido la Antigüedad, no se haya hallado alguno que terminantemente haya colocado su felicidad en la indiferencia; aunque los Estoicos no estuvieron lexos de verificarlo, supuesto que su sabio consistia en un hombre que llegase á no sentir; porque ello es cierto, que quando la indiferencia es sincéra, hace al hombre muy superior á todas las agitaciones con que el tiempo inquieta á los mortales; y me parece que un Pagano que ignora la inmortalidad del alma, y que no busca otra cosa que la tranquilidad, como que es la mas dulce de todas la vanidades del mundo, debie-

ra preferir ésta á todas las demas locuras que le infestan.

Sin la luz de la verdad,
emanada de los Cielos,
los mortales andan siempre
entre tinieblas y enredos.

De la Confianza.

Me parece que jamas sabremos ser bastantemente circunspectos en materia de confianza, porque ordinariamente nos hacemos esclavos de aquellos á quienes la dispensamos. Es cierto que un buen corazon se abre con facilidad, pero tambien lo es, que uno que es malo abusa freqüentemente de la confianza en perjuicio nuestro. El proverbio Árabe dice: "Quien se fia sin conocimiento, corre »riesgo de arrepentirse con razon."

El humor del hombre es tan inconstante, que aquel que hoy nos quiere meter en el corazon con sus caricias, ma-

ñana concebirá contra nosotros tal aborrecimiento, que solo respirará nuestra ruina: de suerte, que la confianza que se hace á alguno á quien tenemos por amigo, puede, cambiando éste de humor, servirle algun dia de armas para asesinarnos.

Una experiencia tan antigua como el mundo no permite el dudar de semejante verdad. Por eso, aunque tengamos con otro la mayor amistad y franqueza exígen la razon y la prudencia que obremos siempre con cierta circunspeccion y reserva en materia de confianza. En fin: "El hombre sabio reposa sobre la raiz de "su lengua; pero el necio revolotéa so"bre la punta de la suya.

Si confias un secreto,
y lo encuentras revelado,
no lo extrañes, pues tú mismo
no has sabido reservarlo.

De la firmeza de las desgracias.

Séneca dice : "Ni debemos amar la vi-
"da con exceso, ni aborrecerla. El varon
"fuerte y sabio no debe huir de la vida,
"sino salir de ella con tranquilidad." No hay señal menos equívoca de la grande cobardía de un hombre, que quando la adversidad le oprime tanto que le pone en el caso de desearse la muerte; y nada prueba mas la baxeza de un alma, que quando ello desampara al cuerpo á causa de las pesadumbres que sufre.

Un corazon verdaderamente generoso, y un espíritu cristiano brillan por su constancia en las persecuciones y desgracias. El motivo de una gran pesadumbre es el verdadero ensayo del espíritu; y solo las almas viles son las que se abaten á su vista. La paciencia triunfa siempre de la mala fortuna; pero la desesperacion, entregando las armas, le sirve de troféo, haciendole huir al otro mundo.

Es cierto que la prosperidad inspira

á la mayor parte de los hombres mucho gusto por la vida, y que la adversidad se la hace insufrible; pero las dulzuras de la primera son tan insípidas al sabio, como soportables las amarguras de la segunda, porque conformándose en las desgracias con la voluntad del Cielo, apenas repara en los caprichos de la fortuna.

Espera en Dios solamente,
no te faltará su amparo:
con esta guia saldrás
vencedor de los trabajos.

De la Valentía.

La valentía y la liberalidad son dos calidades que se llevan tras sí la estimacion de los mortales, porque la primera hace ver que se desprecia la vida, y la segunda las riquezas: dos cosas, por las quales muestran los hombres el mayor interés. Sin embargo, el exceso de la una ó de la otra es un gran vicio, porque en separándose de la prudencia, la pri-

mera viene á ser temeraridad, y prodigalidad la segunda: dos vicios muy perjudiciales á nuestro bien; porque la temeridad, no conociendo el precio de la vida, expone al hombre á la muerte, que es la última de todas las desgracias; y la prodigalidad, no reflexîonando lo que es la amargura de la indigencia, le prostituye al desprecio inseparable de la pobreza. Fuera de esto, quando la valentía se halla desnuda de otras calidades, entonces es un talento que pone al hombre en la imposibilidad de parecer en el mundo con alguna satisfaccion, porque la presencia de espíritu no puede brillar sin enemigos.

Sin la prudencia, el valor
no debe llamarse tal,
porque el valor sin prudencia
mas bien es temeridad.

Del Interés.

El interés es el blanco de la mayor parte de las acciones de los hombres : por este motivo obran regularmente en el mundo el grande y el pequeño. Todo el Universo le busca, y sin él nadie se mueve : en tal grado se halla hoy, que sirve de razon á casi todos los mortales; porque la accion que no le tiene por objeto, pasa por ridícula. El carácter de interesado es infame, el qual nos indica una infinidad de vicios en quien lo posée.

El interés me parece semejante al polvo que el demonio arroja á los ojos del hombre para que no conozca, ni justicia, ni deber, ni honor, ni amistad. Él es quien sofoca los sentimientos naturales entre los parientes, el que indispone al marido y la muger, el que siembra la discordia entre los hermanos, y el que apaga la amistad entre los amigos. Él sirve de pretexto á los Grandes

para cometer las mas injustas acciones; y al vulgar para practicar los mayores excesos. Él hace esclavo al Cortesano, temerario al Soldado, y tramposo al Mercader. Él es quasi el Señor de las demas pasiones, y muchas veces las doma, y las lleva en triunfo. Él se sirve del nombre de la prudencia para manifestarse en público, aunque ocultamente comete mil baxezas para satisfacerse. En fin, este es un carácter que me ha desagradado desde mi niñéz, y por no haber gustado de él, encuentro ahora mi gusto mortificado con mil amarguras.

Aborrece el interés
si quieres tener sosiego,
porque el hombre interesado
siempre le verás inquieto.

De la mudanza de humor por la fortuna.

Es tan comun en el mundo ver mudar de ademanes, de humor, de ideas, de

tono: y de inclinaciones á los hombres quando los elevan á ciertas dignidades, que ya esto no sorprehende á nadie. ¿Puede haber mayor locura que la de olvidarse uno á si mismo por haber cambiado de puesto? ¿Qué mayor baxeza puede darse que la de no hacer caso de los viejos amigos por el despreciable oropél de una nueva dignidad? Esto es hacer propiamente que conozca el mundo que la persona no vale la fortuna que ha logrado, y que la imaginária felicidad de la última, es preferible á la virtud de la primera.

Bien puede decirse con razon, que la fortuna no vale nada para la memoria, porque se observa freqüentemente, que el hombre dichoso olvida hoy á quien ayer le asistió, y que ni aun conoce siquiera el nombre de aquel que le dió la mano, y le trató con confianza en el principio de su carrera. El oro se conoce en el fuego, y el hombre en la prosperidad. Si el primero sufre el ensáye, y el segundo conserva la cabeza en los honores, ya puede decirse que el uno y el otro se acercan á la perfeccion.

Gran Dios, ¡qué miserable es la situacion del hombre! En la fortuna desconoce á todo el mundo, y en la desgracia nadie le conoce: en la prosperidad parece que pierde su buen juicio, y lleno de infortunios pasa por no tenerle: en la elevacion se olvida de si mismo, y en la miseria todos le olvidan. Sabio es aquel que colmado de felicidades se acuerda de que la fortuna reclama muy presto lo que ha dado, y que reflexíona, que la moneda vieja, el vino añejo, los libros viejos, y los viejos amigos, son de un valor digno de la estimacion de las gentes de buen juicio.

La fortuna ha sido siempre
de la memoria enemiga,
porque el hombre, á quien eleva,
de sus amigos se olvida.

De la Liberalidad.

Todos aquellos que tienen bienes están en estado de dar; pero no todos los que

están en estado de dar, saben el modo de hacerlo. Este es un secreto reservado á las bellas almas, que consideran á quien, cómo, y quando se ha de dar. Pero hay muchos que desobligan con sus presentes por la manera con que los hacen y así pierden el mérito por la mala gracia que los acompaña.

Las gentes que afectan ser generosas no dan jamás sino con ostentacion; en vez de que la verdadera liberalidad es siempre la misma, ya sea con testigos, ó sin ellos. Hay otros que hallándose como obligados por alguna consideracion á revestirse del carácter de liberales, lo hacen con tanta desgracia, que sus beneficíos mas bien sirven de afliccion, que de socorro. La verdadera liberalidad va siempre acompañada de circunstancias propias á hacerla perfecta. Solo la sincéra generosidad sabe sazonar sus beneficios con todo aquello que puede hacerlos preciosos.

Conocí á un gran personage que entre mil bellas circunstancias que reunia en su persona, sabía por diferentes maneras infinitamente graciosas, poner á aque-

llos á quienes dispensaba alguna gracia en la perplexidad de sí su reconocimiento debia tener por objeto principal el mismo beneficio, ó la manera con que se lo habia dispensado. Esto es saber ser generoso, dando el agrado con el don.

Es virtud, y virtud grande
la de un hombre liberal,
si algun interés no entra
en su liberalidad.

De la Prosperidad.

No es menester menos prudencia para sostenerse en la prosperidad, que virtud para acomodarse á las desgracias. Todo el mundo desea la prosperidad, pero pocos saben gozar de ella. Todo lo que brilla no es oro, y toda prosperidad no hace al hombre dichoso. Millares de gentes han encontrado en la prosperidad el principio de su desgracia, y una multitud de ellas se han vuelto miserables á fuerza de felicidad. Las largas prospe-

ridades causan ademas dos grandes males, porque hacen insípida la posesion de los bienes por la costumbre de poseerlos, y muy insoportable su falta por la novedad.

Yo no sé porqué la mayor parte de los hombres cuenta la prosperidad por una bendicion del Cielo, y la adversidad por un castigo. No hay regla sin su excepcion, y ésta no la tiene menos que las otras. Las apariencias son engañosas, y los juicios de Dios muy diferentes de los nuestros. En fin, dichoso aquel que tiene presente, durante la prosperidad, que puede llegar un dia en que sea desgraciado, y felíz el desgraciado que espera ser dichoso algun dia.

Si anhelas prosperidades
no sabes lo que deseas,
porque si cuesta adquirirlas,
aún duele mas el perderlas.

De la Adulacion.

Preguntaron á un filósofo, quál era entre todos los animales el mas temible al hombre. "Entre los salvages, dixo, es "el calumniador, y entre los domésti-"cos el adulador." No hay duda que el adulador reune en su persona muchos vicios infames; porque es mentiroso, diciendo cosas que no cree; es falso, porque habla contra lo que siente; es cobarde, porque no se atreve á decir lo que piensa; es malvado, porque dá pábulo al fuego del amor propio de otro; es impío, porque dá incienso al vicio del próximo, y es enemigo secreto de aquellos á quienes se vende por amigo, porque con sus lisonjas los hace permanecer en sus malas costumbres.

La adulacion es un veneno azucarado, con el qual se emponzoñan aquellos á quienes hacen creer que sus vicios son solo virtudes imperfectas. Es de admirar que este vicio haya subido tanto de pun-

to en las Cortes, que sin su socorro apenas puede mantenerse en ellas un hombre honrado.

Tan poderosa es la fuerza que tiene sobre nosotros el amor propio, que muchas veces nos hace recibir el incienso que no merecemos, y nos obliga, ademas de esto, á manifestarnos agradecidos á los que se burlan de nosotros, atribuyéndonos calidades que en realidad no tenemos. Yo observo que todo el mundo reniega de la adulacion, pero á nadie veo enfadarse seriamente contra los aduladores: de suerte, que su profesion, es de presumir, no acabará hasta el dia del juicio, quando todos los vicios parezcan en público.

La adulacion, todos saben,
que es una moneda falsa;
pero todos la reciben,
y la ponen buena cara.

De la Familiaridad.

Saber apartar la familiaridad del trato de los hombres, es una ciencia, de la qual no hace el mundo todo el caso que debiera. Para hacer ver quán útil es, es necesario reflexîonar, que la duracion de la amistad depende de esta sabia precaucion. La amistad se funda en la estimacion, y ésta es un tributo debido al mérito; pero como cada hombre tiene sus defectos, la familiaridad los descubre al instante, agitándolos sin miramiento, y sin considerar que el amor propio de cada uno no sufre que toquen á esta cuerda, de la qual resulta que la buena harmonía se desconcierte al instante. La simpatía forma la amistad, la complacencia la alimenta, y la rectitud del corazon la conserva; pero la grande familiaridad la perturba de manera, que los mas íntimos amigos dexan á veces de serlo para siempre solo por esta causa.

Todo aquel que dice, que la fami-

liaridad es prueba de amistad, no conoce por cierto su delicadeza; y quien gusta de ella, no hace mucho caso de nuestra amistad. En fin, quien quisiere que ésta dure, trátela de modo que la mucha familiaridad no óse jamás parecer en ella, porque ésta no viene nunca sin traer consigo el desprecio, que es el origen de las enemistades mas irreconciliables.

Mucha familiaridad
con tus amigos no tengas,
si el conservar su amistad
es cosa que te interesa.

Del Descaro.

El descaro es un aborto del atrevimiento, y freqüentemente el patrimonio de un baxo nacimiento. Todos los hombres de bien le detestan, y solos los necios son los que le atribuyen una cierta especie de valor. No hay duda que he visto en varias ocasiones pasar el descaro

por mérito, y he observado muchas veces, que un hombre sin honor hace avergonzar al que le tiene, quando se trata de pedir alguna gracia. Guichardin dice bien: "Á veces son tan nocivos los vanos "temores, como la demasiada confianza." Con todo eso, un hombre honrado teme siempre un desayre, al qual es aún mas sensible que al gusto, que le resulta de una gracia concedida.

Hay muchas gentes que no pueden resolverse á pedir un favor á nadie cara á cara, aunque tambien es cierto que hay pocos señores que lo nieguen, estando solos; mas tambien no es menos cierto, que se encuentran algunos de estos, que faltan despues á su palabra con la misma franqueza que la empeñaron. Dichoso aquel que no tiene necesidad de ser descarado para adelantar en el mundo, pues así no se expone á la confusion de un desayre, tal vez no merecido.

Á veces un descarado,
porque no tiene vergüenza,
suele hallarse con las cosas
que el contenido no encuentra.

Del Humor desigual.

Un amigo de humor desigual es como un plato mal sazonado ; porque sus buenos momentos son freqüentemente interrumpidos por mil caprichos que impiden se pueda gozar con sosiego de su amistad. Es cierto que la desigualdad de humor es mas incómoda al amigo , que una constante indiferencia; porque no es posible tomar medida alguna contra el primero, en vez de que la segunda nos hace abrazar bien presto nuestro partido. El hombre de humor desigual hace rara vez lo que quiere, y así no se puede contar con sus resoluciones, porque á cada instante muda de parecer : es incapaz de grandes negocios , y es desagradable en los pequeños : le cuesta mil penas el hallar amigos, y le es imposible el conservarlos.

La desigualdad de humor es señal de un pobre juicio, porque hace conocer hoy con su frialdad el sentimiento que tiene

de haberse engañado ayer en su eleccion: de qué resulta, que la indiferencia que se sigue prontamente á sus caricias, es mas sensible á un hombre de bien, que le fué agradable la satisfaccion de las primeras demostraciones de su amistad. Un hombre semejante es una planta bastarda sin perfeccionar. En fin, yo creo que en viéndose uno obligado al trato de un ente igual, es lo mejor servirse de él como de un comediante, que tan presto representa un Rey, como un mendígo; tan presto un filósofo, como un arlequín; y tan presto un cordero, como un lobo. Este es el único pasatiempo que puede esperarse de un humor desigual cuyo trato es siempre amargo y fastidioso.

A hombre de humor desigual
cuidado que no le trates,
pues tales genios te exponen
á recibir mil desayres.

Del precio de las cosas raras.

Todas las cosas de este mundo son imperfectas, su posesion disminuye su valor; y la esperanza de adquirirlas tiene un no sé qué de mas picante, que el placer que se siente en siendo dueño de ellas. El precio que se dá á las cosas á causa de su rareza, me parece absurdo, porque su valor debe medirse por su utilidad. Es prueba de locura el dar nuestra estimacion á cosas que no tienen otro mérito que la distancia del pais en donde nacen. La razon nôs dicta, que una cosa de alguna utilidad, aunque producida en nuestro suelo, tiene mas valor en sí misma, con respecto á nosotros, que la mas bella que viene de las Indias. La naturaleza fué tan sabiamente formada, y es tan justa y arreglada en sus producciones, que ha dado á cada pais lo que necesita, con tal que sepamos aprovecharnos de ello,

sin que tengamos necesidad de ir á buscarlo mas lexos. Y como toda superfluidad es inútil, así las cosas raras de que no necesitamos, sino para contentar la vanidad y golosina, no me parecen de valor alguno, aunque las traygan de los antípodas. Un guisado de pollos de mi corral me parece mejor que un plato de nidos de golondrinas de las Indias; y un buen licor en un vaso de vidrio ó de barro apaga tan bien mi sed, como si me fuera servido en uno de la mas primorosa porcelana del Japón. Todas éstas son propiamente ilusiones que se deben desechar. En fin, cada uno tiene su modo de pensar, y su gusto, y éste es el mio.

El pagar las cosas caras
porque vienen de muy lejos,
es propiamente pagar
los caprichos á buen precio.

De la Navegacion.

El agua es á mi parecer el mas pérfido de todos los elementos, porque lisonjeándonos á veces con una dulce calma, nos prepara gruesas tempestades, y verifica el proverbio que dice: "Que el peligro "reside al canto de la seguridad."

Catnn se arrepintió de tres cosas: de haber dexado pasar un día sin hacer algun bien: de haber confiado un secreto á una muger; y de haberse embarcado pudiendo ir por tierra. Otro Romano dice, que la barca es una loca, porque siempre se mueve; el marinero un loco, porque á cada viento cambia de rumbo; el agua una loca, porque jamás está tranquila; y el viento un loco, porque siempre corre; y yo añado, que es grandísima imprudencia el juntarse con tan loca compañía.

Es cierto que no hay profesion mas temeraria que la de hombre de mar, porque á todo momento se halla su vida separada de la muerte solo por una ta-

bla. Muchas veces es necesario combatir los quatro elementos juntos, y verse quemar vivo en medio de las aguas. Su fin es llegar á tierra, y sin embargo, la vista de este elemento le desespera en ciertas ocasiones. Aunque él funda su esperanza en el viento, el viento mismo es á menudo la causa de su ruina. En fin, él busca riquezas, y no suele encontrar sino inquietud y miseria, y muchas veces la misma muerte.

Con todo eso, la navegacion es una de las mas bellas y mas útiles ciencias que ha encontrado el hombre, porque ademas de las riquezas que nos ha traido, ha servido tambien para sacarnos en gran parte de la ignorancia en que nos hallábamos de muchas maravillas del Criador, por el conocimiento que nos ha dado de tantas y tan diferentes regiones, naciones, falsas religiones, costumbres, frutos y plantas: de suerte, que á bien considerarlo debemos dar gracias á Dios por haber criado unos hombres de tan mal gusto, que se hayan reducido á comer bacalao y galleta, á fin de hacernos gustar todo lo que aquellas partes del mundo

nuevo producen de mas delicado, y que quieran á todo momento arriesgar la vida para proveernos de mil cosas raras y delicadas.

En todas las profesiones
hay riesgos y precipicios,
pero en la navegacion
se hallan todos reunidos.

De las Recomendaciones.

La recomendacion suele ser á veces mas bien un deseo de deshacerse de las gentes, que una prueba de amistad; y así, hay pocos que no quieran manifestar mejor su proteccion por medio de un pliego de papel, que por una buena bolsa de dinero. La facilidad en recomendar las gentes, es de ordinario un defecto de prudencia; y responder así de la conducta de otro, una señal de la indiferencia que se tiene por la propia.

La recomendacion es una especie de fianza que se hace en favor de aquel á

quien se dispensa, á la qual nos hallamos obligados en conciencia á hacer honor. Yo conocí á un gran personage que decia con freqüencia, que mas queria dar á un hombre una letra de cambio, que una carta de recomendacion, porque en la primera empeñaba solo sus intereses, y en la segunda su honor y su conciencia.

El hombre prudente es siempre reservado en materia de recomendaciones; pero el necio las pide á todo el mundo. El primero conoce la delicadeza del asunto, y el segundo ignora sus conseqüencias. La facilidad en obtenerlas, y la mala fé de los hombres han disminuido tanto su valor, que apenas se hace en el dia atencion á ellas. He visto llegar á muchas gentes cargadas de recomendaciones en grandes coches, é hinchadas de esperanzas, las quales se han vuelto luego á pie, despues de haber troçado sus papeles con el viento.

La virtud es la mejor recomendacion; pero es necesario que la acompañe la fortuna, la qual, como que no sigue mas regla que su capricho, dexa á menudo

envuelto entre la paja al hombre de mérito, mientras que con la ayuda de un pedazo de papel eleva á un necio á ciertos honores que jamas habria podido esperar. En fin, Horacio dice bien:

Mira y remira mil veces
al hombre que recomiendas,
no te dén agenas faltas
el color de la vergüenza.

De los Chismosos.

El Italiano dice en proverbio: "Has de „ver, oir y callar, si quieres vivir en „paz." La providencia de Dios no ha dado al hombre sino una lengua para hablar, aunque le ha favorecido con dos ojos para ver, y dos oidos para oir: esto con la idea, á mi parecer, de enseñarle á no decir mas que la mitad de lo que vé y oye: fuera de que, poco comer, y poco hablar, no han hecho mal á nadie.

Vil carácter es el del chismoso; y

un oficio bien abominable el de traficar con palabras agenas. Un hombre de esta especie se propone, por lo comun, hacerse un nuevo amigo á expensas de otro viejo, y al fin, pierde el uno sin adquirir el otro. El verdadero deber de un hombre honrado, es el de tomar siempre el partido del amigo ausente, y sostenerle; pero el chismoso quiere distinguirse en amistad con sus enredos, los quales ponen muchas veces al amigo en el mayor embarazo.

La diferencia que apenas hay entre el chismoso y un espía es, que por lo comun castigan á éste con la cuerda que merece aquel. La mayor parte de estos genios malvados son personas malhechoras, y sin conciencia. Semejantes gazetas ambulantes derraman freqüentemente mil amarguras en el trato mas agradable, y por lo mismo son al fin arrojados de la compañía de las gentes de juicio.

El carácter del chismoso
es carácter detestable,
pues siempre la confusion
van llevando á todas partes.

De Pasquin.

Pasquin es un perro que muerde impunemente, divirtiéndose á costa del público. Él no es propiamente otra cosa que una estatua muy vieja é inútil, que está en una esquina de una calle de Roma; pero él se introduce insensiblemente en los gabinetes de los Grandes para juntar materiales con que burlarse despues de ellos. En fin, él es el gazetero de los vicios de aquel pueblo.

He leido, que el Papa Adriano ofendido de que Pasquin divirtiese al pueblo á costa suya, dixo un dia al Cardenal de Soissón, que queria hacer arrojar al rio esta estátua; pero el Cardenal lo disuadió de ello, diciéndole, que entonces cantaria Pasquin con mas fuerza que todas las ranas de él: lo haré, pues, quemar, dixo al Papa; guárdese bien Vuestra Beatitud de semejante cosa, repuso el Cardenal, porqué entonces renacería de sus propias cenizas, co-

mo el fenix, y daría motivo al pueblo para que celebrase todos los años el dia de su martirio, como si fuera un segundo San Lorenzo.

Ello es cierto, que mientras mas se remueve el cieno, mas apesta. El mejor modo, y mas seguro partido en estos casos, es el de reir con el Público, porque en despreciando así la insolencia de los Pasquines, parece que estos pierden la mitad de su sal, y el Autor todo su trabajo.

Quando se decia que Urbano VIII fué electo Papa á diligencias de la Francia, Pasquin no dexó de parecer al siguiente dia de la eleccion con un Papagayo en la mano, sin otra alma en este emblema; pero los agudos ingenios de Roma comprehendieron este geroglífico, y el pensamiento de Pasquin, el qual manifestando este páxaro, que en Italiano se llama Papo-gallo, queria hacer entender que este Papa seria buen francés.

Cierto Embaxador recurría freqüentemente á la bolsa de otro para sostener su excesiva magnificencia. Habiendo, pues, celebrado en Roma con una pompa sun-

tuosa el dia de las bodas del Rey su amo, Pasquin, escandalizado de ello, porque todo era prestado, no dexó de hacerlo conocer por estas palabras: "El Señor Em-"baxador ha hecho todo lo que debe, y "debe todo lo que ha hecho."

El nombre de Pasquin era el de un Sastre ó Zapatero de Roma, gran burlón de profesion (un pequeño Momo), que en sus conversaciones con uno de sus vecinos, llamado Marforio, se divertia á costa del Público, y como despues de su muerte se encontrase un trozo de estatua de un antiguo Gladiator junto á la casa de Pasquin, los Satíricos de Roma la bautizaron con su nombre, y fixaron despues en ella sus *Pasquines*.

La sátira debe ser
siempre juiciosa y discreta,
toda la que no es así
es infame desvergüenza.

Del Amor.

El amor es la mas loca de todas las pasiones. Yo no me espanto de que los Antiguos, gentes tan sugetas como nosotros á la sensualidad, y nada ilustradas en punto de religion, hayan hecho de él una divinidad; porque en considerando, como Paganos, los placeres que causa este amable muchacho, y las delicias que le acompañan, parece que estas gentes, de las quales las mas ilustradas no tenian otro conocimiento de una segunda vida, que las escasas vislumbres que les ofrecia la congetura, habrian hecho mal en preferirle algun otro placer. El amor, aunque ciego, reside en los ojos. Los corazones mas fuertes están en su poder, y todo lo que vive se halla animado con él. Los zelos mismos que le acompaña, tienen un no sé qué, que hace sentir mas vivamente el placer que causa la posesion del objeto amado.

Segun la Mitológia y la Historia, los

héroes mas grandes han tirado del carro del amor, y hasta el mismo Marte se vió sometido á su imperio. El amor fué la causa de la ruina de Troya, y quien quitó la Maža á Hércules para hacerle tomar una Rueca en su lugar. Él es quien hizo caer á Marte en el lazo que le armó Vulcano, y quien arrojó de Roma á los Tarquinos.

Quando el amor se presenta en su natural, entonces brilla entre la juventud; pero quando quiere burlarse, y parecer ridículo, entonces inflama á los viejos. Despues de esto el amor es ingenioso y atrevido, pues no respeta sexô ni edad, y sabe hacer tambien de un cobarde un guapo, de un avaro un pródigo, de un orgulloso un hombre humilde, y en fin, de un sabio un necio. Él es tan de temer, que para vivir cuerdo y con sosiego, lo mejor es huirle.

El amor, cómo es un loco,
á todos anda inquietando:
si quieres tener sosiego
huye siempre de sus lazos.

De los Zelos.

Los zelos son un exceso de amor, y la sospecha una imperfeccion inseparable de esta pasion. Ella es igualmente el verdugo de quien ama, y del objeto amado. Empieza á veces sin motivo, y suele acabar por lo mismo por muchos y muy reales. La paciencia de una muger virtuosa en semejantes ocasiones se parece al diamante, que resiste largo tiempo á los golpes del martillo, y al fin se rompe, y queda reducido á polvo.

Apenas he visto maridos zelosos, que con sus sospechas impertinentes, y malos modos con sus mugeres, no hayan venido á parar en lo que temian. El amor de la libertad es tan natural á todas las criaturas, que nada hay que no se intente contra los que quieren privarnos de ella. Tan cierto es esto, como que tengo observado, que en los paises en donde las mugeres viven con una decente libertad, la frente de los maridos es menos ultrajada.

Ultimamente, el zeloso es digno de compasion, porque pasa la vida inquieta en inquirir un secreto, cuyo descubrimiento destruye su felicidad.

Ser zelosos de la honra
es lo que conviene á todos,
pues todos los demas zelos
son para niños y locos.

De la Pobreza.

Se dice por chiste que la pobreza no es vicio, pero poco menos, y con razon, porque la falta de medios hace viciosas á muchas gentes que no tienen la firmeza de soportarla con paciencia. Fuera de esto, ella priva al hombre de los medios de salir bien de cosas á que le hizo apropósito la naturaleza. Obscurece tambien las mas claras virtudes, y puede mirarse como el sepulcro de los mas bellos proyectos. Ahoga en su nacimiento las mas nobles ideas, y cubre de desprecio á quien las tiene. Bien puede de-

cirse con razon, que varios talentos exquisitos están muertos entre los vivos, ó enterrados vivos en las tinieblas de su pobreza; porque ¿qué claridad puede dar una luz encerrada en una opáca linterna?

Los Poetas imaginaron vírgenes las Musas, porque ordinariamente son tan pobres, que no tienen con que casarse. Una prueba de esto es, que Homéro fué á recitar sus versos por las calles para tener pan. Pláuto, poeta cómico, ganaba su vida haciendo andar la rueda de un molino, Xilandro, griego, vendia sus notas sobre Dion Cásio por un poco de sopa. Aldo Manucio, Segismundo Gelenio, Juan Bodino, Lelio Gregorio Giraldi, Luis Castelvetro, el Arzobispo Userio, y otros muchos han muerto todos pobres. El famoso Agrippa murió en el hospital. Pablo Borghese, poeta Italiano, sabia catorce oficios, y no tenia con que vivir. Miguel de Cervantes, autor del immortal Quixote, vivió muy pobre en Madrid; y el Cardenal Bentivoglio, ornato de la Italia y de las bellas Letras, murió tan pobre que no dexó con que enterrarse.

Supuesto que me hallo en el capítulo de la Pobreza, añado aqui una chulada ingeniosa que he leido, esto es: que la causa de socorrer mas voluntariamente á un pobre ciego, mudo ó estropeado, que á un pobre sabio, es, porque cada qual teme el caer en semejantes desgracias, y nadie espera morir sabio.

Quando el rico empieza á hablar,
á un Salomón se parece;
pero quando el pobre habla,
por un bárbaro le tienen.

De los Cumplimientos.

El hombre que hace muchos cumplimientos, pervierte el uso de las palabras, quitándolas toda su significacion: sirve de embarazo á las gentes honradas, y aun á sí mismo se embaraza: es un perturbador del reposo de las conversaciones, porque con sus fraces estudiadas molesta y fastidia á todo el mundo: sus modales son incómodas, porque siempre van acom-

pañadas de una afectacion insoportable; y ultimamente, queriendo exceder á todos en atencion y política, lo que consigue es, que nadie le pueda tolerar.

Temo tanto la conversacion de un hombre semejante, que quando por desgracia tropiezo con alguno de ellos, jamas le hago urbanidad alguna, temeroso de encender sus cansados cumplimientos. Una persona que gusta de la tranquilidad, huye de su conversacion: y un melancólico toma su encuentro por mal agüero. Las viejas le consideran como un juego agradable, y las presumidas como un pasatiempo. En fin, los necios dicen, que sabe vivir, y las gentes de juicio, que no sabe morir.

Las gentes cumplimenteras
son en extremo importunas,
porque con sus cumplimientos
todo lo enredan y ofuscan.

De la Incertidumbre.

Nada es cierto en este mundo, sino la muerte; todo lo demas se sujeta á un puede ser. La teórica supone, la experiencia prueba, y hasta esta misma engaña á veces. La disposicion divina, que está en el timon de la suerte de los mortales, es tan secreta, que el hombre no puede penetrarla.

Xerxes fué á atacar la Grecia con fuerzas tan numerosas, que su exército agotaba rios enteros para apagar la sed: él cubrió el mar con tantos barcos, como hubo langostas en Egipto en otro tiempo: de suerte, que la esperanza de un infalible suceso favorable le hinchó de modo, que no solo se creyó dueño de las aguas, sino con derecho á hacerlas castigar con varas, por haber tenido el atrevimiento de alterarse sin su permiso. Pero ¡ah! nada es cierto, sino la incertidumbre. Quando menos lo esperaba, perdió todo su exército y esquadra, y

salvándose él solo en la barca de un pescador, se tuvo por muy afortunado.

El grande Alexandro, despues de haber subyugado casi las tres partes de la tierra, lloraba por no tener mas mundos que conquistar. Retiróse á Babilonia para pasar allí el resto de sus dias en los placeres y deleytes de la vida, hallándose entonces con solos treinta años. Pero nada es cierto, sino la incertidumbre. Al cabo de algunos dias murió, y no sacó mas de todas sus gloriosas conquistas, que un hoyo de siete pies.

Policrátes, tirano de Samos, fué tan felíz, que jamas tuvo la menor desgracia en todo el curso de una dilatada vida: de suerte, que creyó haber encadenado la fortuna al carro de sus prosperidades. Pero nada es cierto, sino la incertidumbre; y así fué al fin arrojado del trono, privado de su grandeza, y atado por sus mismos vasallos á una cruz, en donde murió afrentosamente.

Creso, colmado de inmensas riquezas, é inchado de prosperidades, tuvo por loco á Solón, quando este sabio le dixo: "Nadie es dichoso antes de la muerte:"

y no comprehendió, que nada es cierto, sino la incertidumbre, hasta que se vió atado al palo en donde debian quemarle por órden de Ciro, despues de haber perdido la Corona, sus Estados y sus tesoros.

En fin, ¡ quántos exemplos no tenemos de la incertidumbre de las cosas humanas! Hoy vémos á un hombre en una dura prision, pronto á ser sacrificado á los enemigos de su familia, y mañana salir de ella para subir al trono, como un Matias Corvin, de Hungria; y á un Belisario coronado de laureles, favorecido de la fortuna, Privado de un Emperador, su Teniente general en todo el Imperio, con los ojos sacados despues, y pidiendo limosna en las puertas de Roma. Esto hace ver, que en este mundo nada es cierto sino la muerte, cuyo tiempo, el modo, el lugar, y sus conseqüencias, son inciertas.

Para no hallarnos burlados
al fin de nuestra carrera,
suspiremos por el cielo,
y despreciemos la tierra.

Del Contento.

Todo el mundo dice, que es menester estar contentos; pero yo no veo que nadie lo esté. Esto prueba la imperfeccion de todas las felicidades humanas. El alma, que es un ente inmortal, no puede hallar satisfaccion completa en las cosas que están sujetas á acabarse. Tambien es bueno, que el hombre no logre estar contento con la posesion de los honores, de las riquezas y de una brillante fortuna, porque si lo estuviera, no tendria deseo alguno de los bienes eternos.

Ahora, el afectar, como alguno hace hallarse contento con escasos bienes, es prueba muchas veces de un espíritu limitado; y un hombre que nada tiene, y quiere (no siendo Dios el motivo) persuadirnos á que se halla satisfecho, ambiciona el carácter de filósofo, y ni el uno ni el otro poséen esta sólida felicidad.

Me acuerdo de haber oido hablar de

un cierto Mercader muy rico, y hombre de buen humor, el qual hizo un hermoso jardin, y grabó sobre la puerta estas palabras: "Este jardin será adjudi-"cado en debida forma á qualquiera que "pruebe estar verdaderamente contento."

Paseábase un dia en él el dueño, y vió entrar á un incógnito, el qual se acercó á él; y despues de haberle saludado cortesmente, le preguntó, en donde estaba el dueño de aquella posesion: á lo que el Mercader le respondió, que él lo era, y qué queria: tomar posesion del jardin, le replicó el incógnito; porque yo veo que Vmd. lo ha hecho con la idea de cederlo á quien se halle verdaderamente contento; y como quiera que yo lo esté, supuesto que puedo asegurarlo baxo el mas solemne juramento, espero tendrá Vmd. la bondad de adjudicármelo con las formalidades de estilo.

El Mercader, luego que el incógnito hubo acabado su discurso, le dixo: No hay duda que esa ha sido mi intencion; pero como yo no veo apariencia alguna de que Vmd. sea quien á título de estar contento pueda pretenderlo, le su-

plico se retire, porque si Vmd. lo estuviera en efecto, no solicitaria mi jardin.

El mayor afan del hombre
es el de hallarse contento;
mas ¿cómo lograrlo puede
si está fuera de su centro?

Del Tiempo.

Siendo el tiempo el camino de la eternidad, ¿quanta atencion no merece su empleo, supuesto que este viaje no se hace sino una sola vez? Por esta razon cada instante es de la mayor conseqüencia. Se dice ordinariamente, que un hombre que sabe aprovechar su dinero, es un hombre prudente: que otro que sabe aprovechar el favor, es un hombre de entendimiento: que otro que sabe aprovecharse de sus amigos, es discreto; pero nadie da epiteto alguno á quien sabe aprovechar el tiempo, no obstante ser ésta ciencia de la mayor importancia; porque aunque se pierdan todas las demás

bagatelas, pueden volverse á hallar con el tiempo ; pero el tiempo perdido es perdido para siempre. El tiempo es un gran bien, pero de corta duracion. Se parece al páxaro llamado del Paraíso, á quien los Naturalistas no dan pies, porque jamas reposa, y para cogerle es necesario tirarle al vuelo, sin lo qual se escapa. El tiempo introduce á los mortales en la eternidad, y por su testimonio son juzgados.

El Italiano dice : "Quien tiene tiempo, tiene vida" : bastante razon tiene ; porque el tiempo es el remedio de la mayor parte de los negocios del mundo. Él dulcifica el odio, hace desmayar á la persecucion, y muchas veces salva la vida al delinqüente. Abramos, pues, los ojos sobre este capítulo, y no malversemos un tesoro tan precioso como el tiempo, el qual pasa, y no vuelve jamas.

En aprovechar el tiempo
debes ser muy diligente:
mira que el tiempo perdido
es perdido para siempre.

De los Epitafios.

El Epitafio es la última vanidad del hombre, y mas freqüentemente una prueba del orgullo de los vivos, que de las virtudes del difunto. Parece en esto mismo que la mentira sea tan inseparable del hombre, que lo acompañe hasta el sepulcro, y triunfe todavia de sus cenizas. Esto no se hace á veces sino con la idea de dar crédito á la impostura; y el elogio que se graba sobre el mármol en honor del muerto, es mas bien un retrato, al qual seria de desear que aquel se hubiera parecido, que una pintura fiel de sus acciones.

Los epitafios son como bufonadas de los muertos, á las quales no presta casi fé un lector juicioso. Si el alma despues de la muerte es dichosa, no necesita por cierto de la pomposa atestacion de un epitafio; y si es infelíz, su cuerpo no merece un dispendio semejante.

Sin embargo, los herederos, que por reconocimiento ó por amistad emplean al-

guna suma en adornar el sepulcro de sus parientes, me parecen mas excusables que aquellos que, durante su vida, destinan gruesos fondos para adornar su cadáver con un Magnífico Mausoléo, y que tienen la imperdonable desvergüenza de componer el falso elogio de su vida, á fin de mentir, aun quando ya no están en estado de hablar.

Yo no desaprobaré, no obstante, esta costumbre, si los que piensan en hacer su epitafio, se desempeñan tan bien como un cierto Romano, cuyo sepulcro se encontró algunos años há junto á Roma. Véase aquí la Inscripcion:

»Mi prosapia, mi nombre, y lo que he sido,
»mudo en la eternidad, ya lo contemplo:
»el hombre no habla, en polvo convertido:
»á Dios: no inquieras mas:éste es tu exemplo."

Este es el verdadero lenguage de los muertos; qualquiera otro es vanidad y locura.

Los mejores Epitafios
que pueden tener los muertos,
son de sus nobles virtudes
los merecidos recuerdos.

De la justa distribucion de la Providencia.

La Providencia Divina es tan justa en repartir sus favores entre los mortales, que jamas llena á los unos de todos sus dones, ni abruma á los otros con todo el peso de las desgracias; antes bien, hace una mezcla sabia en cada criatura de bienes y males, á fin de que los unos no tengan de que gloriarse demasiado, ni los otros un justo motivo de desesperarse. Ella dá al uno muchos bienes con un espíritu muy inquieto, y al otro muchas adversidades, con una grande indiferencia. Si el primero uniese á sus grandes bienes la indiferencia del segundo, seria seguramente muy dichoso; y si el segundo tuviera la natural inquietud del primero unida á sus adversidades, seria digno de compasion.

Si pesamos, pues, las riquezas del primero con la indiferencia del segundo,

y la inquietud de aquel, con los contratiempos de éste, verémos seguramente lo justo de la balanza; porque la indiferencia del segundo se burla de la inquietud del primero; y su paciencia es tan noble, que sus mismas desgracias no la alteran; y si el tiempo y la fortuna llegáran á cambiar con respecto al uno y otro, ¿ qué mayor desgracia podia suceder al primero, que la de que á su natural inquietud se asociára la indigencia del segundo? En fin, todo hombre perseguido de la fortuna, se halla muy enterado de la vanidad de una y otra situacion, y dispuesto siempre por lo mismo á soportar cristianamente lo que el tiempo diere de sí, como medio de suavizar su suerte.

Es tan justa en sus decretos
la Providencia de Dios,
que á nadie dexó de darle
aquello que mereció.

Del Honor.

El honor y los ojos tienen mucha semejanza, porque no pueden sufrir la mas pequeña impureza sin alterarse al punto. El honor es una piedra preciosa, cuyo menor defecto disminuye considerablemente su valor: es un tesoro, que una vez perdido por desgracia, no puede recobrarse jamás. Lo que es la salvacion con respecto á la otra vida, es el honor con respecto á ésta. La primera no puede adquirirse sin un cuidado grande, y el segundo no puede conservarse sin la mayor delicadeza. El hombre sabio lo guarda como un recurso en las desgracias que pueden suceder; y el insensato lo empeña por nada á cada instante. Un cuerpo sin alma es un cadáver, y un hombre sin honor, un muerto á quien todos abandonan, porque parece que apesta.

El honor es tan entero en sí mismo, que no sufre disminucion alguna en sus

partes sin desaparecer al punto enteramente : por esto no se ve jamas un medio-pícaro , pues quien tuvo desgracia de sufrir un leve choque en su honor, ve despues que todo el mundo le abandona enteramente. El honor y la vida puestos en la balanza , resultan de un peso igual ; pero en quitando el honor de un lado, la vida queda entonces sin peso , ni valor alguno.

El hombre bien entendido
estriva en la Ley de Dios:
guarda , pues , sus mandamientos,
y así guardas el honor.

De la Paciencia.

El insensato mira la paciencia como efecto de un corazon baxo y temeroso, y dice ordinariamente que ésta es el recurso de los cobardes ; pero el sabio la reconoce por señal de un alma verdaderamente grande. Esta virtud se sostiene con la esperanza , y por lo mismo abor-

rece toda suerte de despecho y desesperacion ; atributo , solo de las almas viles y entorpecidas en los vicios.

La paciencia es un recurso tan grande contra las desgracias , que todos nuestros males pierden las tres partes de su fuerza quando hacemos un buen uso de ella , pues contrasta quanto encuentra: ella resiste con honor todo quanto el mundo tiene de mas duro , y suaviza la amargura de las adversidades de manera , que apenas las sentimos. Finalmente , es una de aquellas virtudes que llevan siempre consigo la recompensa , porque en practicándola , sentimos al instante sus beneficios.

El Emperador Marco Aurelio , tan admirable por su flema y su paciencia, decia , que Cesar adquirió el Imperio por la espada : Augusto por herencia : Calígula por los méritos de su padre : Tito por haber domado la Judéa ; y Nerón por la tiranía ; pero que él , aunque de un baxo nacimiento , le habia obtenido por la paciencia.

Son tan maravillosos los efectos de esta noble virtud , que nuestras cruces,

sean del peso que se quiera, no lograrán jamás el agobiarnos como ella nos acompañe y nos preste su socorro.

Los cristianos miramos la paciencia como una gracia del Cielo, y los filósofos antiguos la consideraron como el último esfuerzo de un alma firme y generosa. Ella se parece mucho al valor, el qual no puede hacerse conocer sin enemigos, y así desaparece quando las adversidades nos abandonan. Generosa amiga es la paciencia, pues no se dexa ver durante la prosperidad; pero luego que nos hallamos próxîmos á caer en los infortunios, al instante viene á socorrernos.

La paciencia es gran virtud,
pues con su serenidad
hace que el hombre desprecie
quanto le puede inquietar.

De la Presuncion.

La presuncion que el hombre tiene de sí mismo, es efecto de su poco discer-

nimiento, el qual carece de la debida extension para conocer el mérito ageno. Ocupada su vanidad del suyo propio, no le dexa arbitrio para observar lo que hay de apreciable en los demas. Sirviéndole de espejo su amor propio, le representa á cada instante sus perfecciones tan enteras, que nada encuentra su imaginacion en el resto de los hombres, que pueda entrar en comparacion con sus raros talentos.

Quando Alexandro el Grande se hallaba cercano á la muerte, los Grandes del Imperio le suplicaron que nombrase sucesor; pero este soberbio Monarca, no encontrando aparentemente persona digna de ocupar su lugar, ni nombró á su hermano Arides, ni á su hijo, ni al Infante de quien Roxana, su esposa, se hallaba á la sazon en cinta; y solo respondió, que dexaba el Imperio al mas digno de obtenerle, sabiendo muy bien que esta expresion "el mas digno" séria un motivo de discordia entre los Grandes, y que la presuncion no dexaria por cierto de persuadir á cada uno de sus Capitanes á que él era á quien esta calidad

convenia. No se engañó Alexandro en su congetura, porque despues de su muerte fué destrozado el Imperio, y dividido entre los Grandes; de modo, que no volvió jamás á hallarse reunido baxo de un solo Xefe, segun aquel lo habia deseado.

La presuncion es hija del orgullo, y el objeto del aborrecimiento de todos los hombres de juicio, aunque se halle acompañada de algun mérito, porque como produce un cierto desprecio de los otros, el presuntuoso no conseguirá jamás la estimacion de nadie: puede decirse, que la presuncion de un hombre de mérito es la calentura de su talento; y de la de un necio, que es una prueba de su justo derecho á la casa de los locos.

La presuncion, el orgullo,
la vanidad y ambicion,
son vicios tan detestables,
que á todos causan horror.

De la inutilidad de nuestras precauciones.

No obstante toda nuestra prudencia, las desgracias no dexan de sucedernos quando menos lo pensamos. Nosotros nos atrincheramos lo mejor que podemos del lado que tememos al enemigo, y quedamos flanqueados por donde la fatalidad ha resuelto abrirse el paso. La caída de bastantes gentes que he conocido, me hace formar esta reflexîon; y el lugar de donde salió el golpe que los aterró, me ha enseñado el gran tiento que debe tenerse para tratar bien á todo el mundo. El partido mas seguro es, no despreciar á nadie, porque la experiencia nos manifiesta, que el menor enemigo puede hacernos mas mal, que no bien el amigo mas zeloso.

Tan evidente es esto, como que quando la desesperacion arrastra al último de los hombres hasta el punto de despreciar

su propia vida, entonces se hace ya dueño de la del mas fuerte. Por esto debemos respetar al Grande, y no despreciar al chico, pues el uno y el otro pueden dañarnos en la ocasion. Yo tengo para autorizar esta máxîma mejores razones que quisiera, y la experiencia me ha hecho conocer su utilidad.

No hay enemigo pequeño
nos dixo siempre el refran,
y éste es mas cierto que otros,
porque dice la verdad.

Del que habla mucho.

Se ha dicho con razon, que el que mucho habla, mucho yerra. El hablador merece justamente este concepto, porque con su excesivo charlar á nadie dexa mover la lengua. Un hombre tal, aturde á los oyentes á fuerza de gritos, y él mismo no se toma tiempo para pesar bien lo que dice: de modo, que ni digiere sus ideas, ni estudia sus expresiones; an-

tes bien las escupe crudas, y por lo mismo son tan fastidiosas, que dan gana de vomitar á todo el mundo: él dice todo lo que crée, todo lo que quiere, todo lo que sabe; y por dar pábulo á su lengua, dice tambien todo lo que ignora. Ademas de esto, agrega tantas circunstancias inútiles á sus razonamientos, que al fin se olvida el principal asunto de la conversacion, y no echa de ver el fastidio que causan sus arengas, hasta que de repente se halla sin auditorio, porque, como es regular, cada uno escapa por su lado.

Las gentes muy habladoras
siempre son insoportables,
pues su contínuo charlar
no hay nadie á quien no le enfade.

De las Vicisitudes de esta vida.

La profundidad de los valles es proporcionada á la altura de las montañas, y

así un hombre muy elevado por la fortuna, jamás dará una ligera caída. Temístocles, Arístides, Miltiades, Camilo, y otros infinitos, tuvieron una suerte funesta. Este es el modo que tienen los hombres de reconocer los importantes servicios que se les hacen, y el natural escollo donde van á deshacerse aquellos que uniendo al mérito personal una brillante fortuna, se encuentran expuestos á los rencores de la envidia, la qual no reposa hasta precipitarlos en un abismo de miserias.

A veces es perjudicial tener mucho mérito, porque en obscureciendo el del otro, al punto nos hacemos enemigos ocultos é irreconciliables.

No hay duda que es agradable el verse favorecido de la fortuna; pero sus reveses y vicisitudes son tambien insoportables, y principalmente á los que están acostumbrados á sus caricias. Yo pido muy de veras á Dios que preserve á mis amigos de tres cosas: de la gota, de una muger rica, y de una fortuna muy rápida y brillante, porque la primera hace amarga la vida, la segunda hace del

marido un esclavo, y la tercera acaba ordinariamente por algun funesto catástrofe.

Las alturas siempre son
muy arriesgadas y expuestas,
pues si en ellas se resbala,
la ruina es la mas cierta.

De los grandes Banquetes.

En los grandes banquetes hay mas ostentacion é incomodidad, que placer. Cantidad de platos que debian comerse calientes, y que antes de servirse están ya helados: lo estrecho, y sin libertad para usar de las manos con que se está en la mesa: gran número de caras desconocidas, y muchas veces desagradables: el cuidado en servir á las Damas: la poca atencion de los criados, que por hallarse demasiadamente ocupados, no pueden acudir á todos; en fin, el haber de estar cinco ó seis horas en la mesa; todo esto no puede ser agradable á los que

conocen el verdadero gusto, y comodidad de la vida. Ademas, los repetidos brindis y saludes, á los quales es menester hacer la razon, aunque á una le sean tan indiferentes como la del gran Mogól, inundan el estómago de manera, que no dexan gusto alguno para las viandas mas bien sazonadas.

Me parece que el verdadero gusto de la mesa consiste en una honrada compañía de cinco ó seis amigos en otros tantos platos, quando mas, bien condimentados y calientes; porque aunque se diga, que un buen cocinero es mas temible durante la salud, que un mal Médico durante la enfermedad: yo creo que, peligro por peligro, mas bien querríamos, en todo caso, exponernos al primero. En fin, la buena comida consiste tambien en un dedito de buen vino, y en la libertad de no beber mas que lo que se quiera.

La frugalidad es buena
para el cuerpo y para el alma:
si andas en grandes banquetes
nunca podrás observarla.

De los que no gustan de servir á los otros.

Los que no gustan de servir á los otros, no quieren tampoco que nadie les sirva, y su orgullo, al qual pesa mucho una obligacion, se dá priesa á desempeñarse de ella por un reconocimiento precipitado. Nadie hay que vuelva mas pronto lo que pide, que aquel que jamas presta con voluntad; y nadie habla mas de reconocimiento, que aquel que no debe esperarlo por parte alguna. Á un hombre semejante le parece baxeza el ser deudor de un beneficio, porque no desea que nadie se lo deba tampoco á él; y así mira con indiferencia todo lo que no es análogo á su extravagante modo de pensar: acusa á un buen corazon de imbecilidad, y bautiza el humor de un sugeto de su especie con el nombre de prudencia: aprueba los menos plausibles pretextos para rehusar la asistencia del próximo, y

jamas reflexîona la obligacion que tiene todo Cristiano de socorrer á los desgraciados: se figura no ser hecho sino para sí solo, y mira como una insigne locura el tomar parte en las agenas desgracias: no ambiciona el elogio de hombre generoso, y nada hace tampoco por merecerlo. En fin, él puede ver cómo ha de proporcionarse á sí mismo la recompensa de sus acciones, porque no tiene que esperarla de parte de los otros, sino como es merecido, tanto en este mundo, como en el otro.

El que rehusa hacer bien,
sirviendo á sus semejantes,
si la fortuna le falta,
no espere favor de nadie.

De la vida Campestre.

De todas las situaciones, en las quales puede hallarse el hombre sobre la tierra, creo que la vida campestre es la mas dulce y la mas agradable. Un hombre bien

nacido, que posée los bienes de sus mayores tranquilamente, y que vive en el campo, no tiene por lo comun ambicion alguna por los honores: por conseqüencia no le atormentan los vanos deseos de mudar de fortuna: él ciñe todos sus conatos á hacer valer sus tierras, y quando el año es bueno, recoge la recompensa de sus afanes: lo que le es mas grato que la mayor renta de un eminente empleo, el qual lo expondria á mil envidias, y lo amenazaria á todo momento con alguna caída sensible: él goza con reposo de sus bienes, y su manejo le sirve de agradable diversion: gusta verdaderamente del placer de la vida, porque cada Estacion del año le ofrece materia para ocuparse, para utilizarse, y para pasar el tiempo.

Ademas de estas utilidades tiene el hombre que vive en el campo, la satisfaccion de no ver á cada instante caras desconocidas, y la de no incomodarse en dudar, ni regalar á los orgullosos, los quales son indignos de la mas pequeña acogida. Por la mañana hace solo la corte á sus campos, y su familia le ofrece

á la noche una dulce sociedad: la caza le sirve de útil exercicio, y la pesca de recreacion: observa las fiestas del año con exâctitud, á fin de que el Cielo bendiga sus dias de trabajo, y así vé acercarse dulcemente la edad, y acabarse sus dias con reposo y tranquilidad.

En el campo hay mil bellezas,
y solo aquel las conoce,
que vive desengañado
de la vida de la Corte.

De la vida solitaria del Convento.

La vida solitaria del Convento debe ser sin contradiccion alguna el mas dulce y dichoso estado del hombre, si se abraza con una verdadera vocacion, y con igual desapego á las vanidades del mundo; porque ademas de que el alma en la soledad puede unirse mas estrechamente á Dios, el espíritu se encuentra tambien libre de todas las agitaciones que le

martirizan quando solo se ocupa en las locas vanidades de la tierra. Pero si el hombre se encierra allí por algun otro motivo diferente, entonces puede estar cierto de que va á pasar el infierno en este mundo. Por esto encuentro que los padres, que por consideraciones mundanas persuaden ó fuerzan á sus hijos á abrazar la vida del Claustro, se hacen ellos mismos culpables de su condenacion, la qual será una conseqüencia infalible de la desesperacion, que es como inseparable de estas reclusiones hechas por fuerza.

El caso siguiente justifica esta verdad. Habia en Francia un Hidalgo que poseía muchos bienes, los quales debian pasar despues de sus dias á una hija única que tenia. Esta muchacha fué destinada para esposa de uno de los mas considerables Caballeros de la Provincia, pero por quien ella no tenia inclinacion alguna, habiendo ya dispuesto, sin noticia del Padre, de toda su aficion á favor de otro, que no era rico, pero con quien creía ser dichosa. Desechó por consiguiente con la mayor entereza la proposicion del Padre, tocante la boda con el primero, y como

no queria absolutamente otro esposo que su amante, el Padre se irritó de manera, que mas bien que consentir en semejante alianza, la obligó á esta infeliz á entrar Religiosa de la Orden de S. Francisco.

Monja ya la desgraciada víctima, no mudó sus inclinaciones por haber cambiado de ropa, antes bien mantuvo siempre una secreta correspondencia con su amante. Ella por verse libre del Convento, y él por llevarla fuera del Reyno, intentaron executar la idea siguiente. El amante se encerró en un cofre, y lo hizo llevar por dos mozos al Convento. La Superiora prevenida de antemano, no tuvo reparo ni sospecha alguna de ello, creyendo que el baúl contendría algunas ropas, ó cosas semejantes; pero quiso la desgracia, que quando llegaron los mozos al Convento, todas las Religiosas se hallaban en Coro: de suerte, que ignorantes aquellos de lo que el cofre contenia, le arrimaron á un rincon, dexando con la cabeza abaxo al miserable que estaba dentro, y practicada esta diligencia se retiraron.

Las Vísperas, Completas, y la cena se concluyeron antes que la Religiosa pudiese tener el cofre en su Celda. Luego que toda la gente se hubo retirado, le abrió con mucha prisa para ver á su amante; pero ¡justo Cielo! quál fué su dolor hallándole sofocado con su propia sangre á causa de la violenta postura en que habia permanecido tanto tiempo! Este horroroso espectáculo causó tan cruel desesperacion á esta desdichada criatura, que sin reflexîonar lo que hacia, se precipitó, y pereció en un rio que pasaba por debaxo de las ventanas de su Celda.

Advertido el Padre al dia siguiente de esta tan funesta tragedia; penetrado vivamente de dolor, y no pudiendo sobrevivir á un desastre de que él mismo era el autor por su imprudencia, se quitó la vida con el cortaplumas que tenia sobre la mesa. Véase, pues, aquí cómo sacrifican freqüentemente al diablo lo que quieren que el mundo crea que se ofrece á Dios.

Los hijos han de dexarse
en su plena libertad,

para elegir el estado que les pueda acomodar.

De la Edad.

Todo el mundo desea vivir largo tiempo, pero nadie quiere pasar por viejo. El amor á la vanidades del mundo, y el temor de la muerte, causan lo primero: las imperfecciones que acompañan á la edad, y que hacen al hombre fastidioso é importuno á los otros, son el motivo de lo segundo.

Con todo eso, á bien considerar la cosa, las cenas de un anciano irreprehensible son los laureles con que el tiempo corona su virtud. Nada inspira tanto respeto en la naturaleza como un viejo venerable; por esto ordena la misma Escritura santa, que se honre su persona.

Todo anciano que vive con proporcion á su edad, merece nuestro respeto, y sus años deben ser considerados por la juventud como otros tantos grados de mé-

rito que tiene sobre ella: fuera de que la edad suele ser una gracia especial del Cielo, y por conseqüencia debe mirarse siempre con veneracion.

Pero como sucede muchas veces que aunque el vicio nos abandone con los años, no dexa de conservar todavia un cierto imperio para inflamar el corazon de un viejo, no debemos espantarnos de que separada la virtud de los años, sea el objeto aquel, del desprecio universal.

Un viejo semejante causa horror á las gentes sensatas, porque con su mal exemplo hace se corrompan mas las costumbres de los jóvenes incautos.

A aquel que sabe vivir
con proporcion á su edad,
en sus abanzados años
todos le respetarán.

De la Salud.

Los hombres son insensatos hasta el punto de tratar con la mayor indiferencia y abandono las dos cosas, á las quales debian aplicar precisamente toda su atencion y sus cuidados: éstas son la salvacion y la salud. El precio y valor de la primera encierra en sí una eternidad dichosa, y la segunda una vida exênta de enfermedades.

Las grandezas, las riquezas, y los honores del mundo son insípidos á quien se halla privado del rico tesoro de la salud. Nada es capaz de divertir á un enfermo, y nada puede consolar á un hombre que sufre agudos dolores. Todo parece amargo á la boca de una persona enferma, y nada tiene buen gusto para el valetudinario.

Con todo esto, quando se considera el modo de vivir de la mayor parte de los hombres, puede decirse con verdad, que ellos mismos se toman el trabajo de perder la salud. Ellos comen sin tener

hambre, beben sin tener sed, velan sin necesidad, se calientan sin tener frio, y hacen finalmente quanto pueden por privarse del inestimable bien de la salud. Quando despues de una vida tan desarreglada llega al fin la edad acompañada de sus enfermedades ordinarias, que son el fruto de los desórdenes de la juventud, y que en la última estacion de la vida el dolor comienza á dexarse sentir, entonces es, pero muy tarde, quando se maldicen los desórdenes, y quando empiezan los sentimientos de no haber cuidado la salud, como que ella sola habria suavizado los demas disgustos de la vida. La Juventud vé todos los dias la verdad de todo esto en las personas ancianas; pero á pesar de tan vivos exemplos, el espíritu ama tan ciegamente las pasiones, que no escarmienta, ni se aprovecha de ello. ¡Ó imprudente juventud! ¡Ó triste vejez!

La salud debe cuidarse
como un bien el mas precioso,
porque en faltándonos ella,
ya nos ha faltado todo.

De la Vanagloria.

La vanagloria es una rama del orgullo, y un pecado que Dios detesta tan fuertemente, que Lucifér y millares de Angeles fueron castigados y precipitados al instante en el infierno por haberla tenido. ¡Quántos males efectos no produce la vanagloria! Ella es freqüentemente causa de que no se haga todo el bien que se podria, y de que se cometa el mal que debia evitarse.

Leemos en la Historia Romana que el Consul Manilio preguntó un dia á César, qué cosa era la que creía mas apropósito para adquirirle una verdadera gloria; á lo que respondió: "Perdonar »facilmente las injurias, y recompensar »largamente á los que me sirven bien." Véanse, pues, aquí sentimientos de un buen Católico en boca de un Pagano: cosa que debe llenarnos de vergüenza, pues no obstante el Cristianismo que profesa-

mos, cometemos acciones de Paganos.

He conocido varias gentes que jamás han querido perdonar una injuria solo por un motivo de vanagloria, y por no ser tenidos por cobardes: otros, que por ostentar valor, han sofocado enteramente la virtud de la caridad, tan recomendada en el Evangelio: otros, que por un puro principio de vanagloria han afectado practicar los mayores vicios, aunque su inclinacion era muy diversa: otros, alabarse de haber cometido acciones infames por agradar á los oyentes; y otros, finalmente, publicar su buena suerte con las Damas á expensas del honor de personas inocentes, cometiendo así tres pecados en uno, pues se glorían de haber ofendido á Dios, quitan el crédito á la persona inocente, y mienten en materia grave.

Pero lo que apenas he visto son gentes que hayan hecho consistir su gloria en la práctica de acciones virtuosas: tanta es la corrupcion del siglo en que vivimos, y tan incomprehensible la locura de los hombres, que llegan á creer que faltaria alguna cosa esencial á sus

crímenes, si no se hicieran una cierta gloria de haberlos cometido.

La vanagloria perdió
muchos Angeles y hombres;
huye, pues, la vanagloria,
mira que es defecto enorme.

De la Fidelidad.

La fidelidad de un amigo es la seguridad de nuestros secretos, y muy semejante tambien á una piedra preciosa sin mancha, y de un valor inestimable. Dichoso aquel que la encuentra en su amigo, porque en confiándole sus pensamientos mas secretos, halla un cierto alivio; y estando satisfecho de su fidelidad, reposa sin inquietud.

Diodoro el Siciliano dice, que entre los Egipcios era cosa criminal el descubrir un secreto que se confiaba, y que en prueba de ello, uno de sus Sacerdotes fué desterrado por esta causa. Me pare-

ce que nada hay tan justo como que lo que se confia á un amigo baxo el sello de la buena fé y del silencio sea considerado como cosa sagrada, y que es una profanacion el divulgarlo.

Plutarco dice, que estando en guerra los Atenienses contra Filipo, Rey de Macedonia, interceptaron un paquete de cartas que éste escribia á Olimpia su muger, y que sin abrirlo se lo embiaron al punto, por no hallarse obligados á leer lo que las cartas contenian, diciendo que sus leyes les impedian el que se revelasen los secretos.

Parece ciertamente que la infidelidad de un amigo repugna á la misma naturaleza; y que descubrir el secreto de quien se fia de nosotros, es una accion detestable. Un hombre que confia á otro sus secretos, es semejante á quien entrega las armas, y se declara esclavo. Ahora bien, ¿qué mayor infamia podia cometer aquel á quien las entregamos, que la de servirse de ellas para asesinarnos? Por esto la fidelidad es el mayor tesoro que podemos hallar; y el secreto confia-

do la última prueba de una amistad sin artificio.

Si en los amigos que tratas
encuentras fidelidad,
no pienses en este mundo
mayor tesoro encontrar.

Del *que alaba quanto vé ú oye.*

La facilidad en celebrar quanto se vé ú oye, es prueba de un juicio limitado, ú de un corazon falso que pretende adular á todo el mundo; pero sin reflexîonar que quien solo alaba por hacer la corte, convierte su opinion en burla de su complacencia. No hay carácter mas fastidioso que éste, porque jamas causa satisfaccion alguna á quien se vé dar inciensos por un hombre que erige altares á toda especie de ídolos.

Una persona semejante se expone mucho á no encontrar sino ingratos, porque nadie quiere tener reconocimiento algu-

no á su afectada complacencia; pues al manifestar que halla hermosura en la fealdad, entendimiento en la necedad, ciencia en la ignorancia, valor en la cobardia, belleza en la edad y en las arrugas, modestia en la desenvoltura, sabiduria en la imbecilidad, prudencia en el desórden, generosidad en los excesos; en fin, virtud en el vicio, hace conocer él mismo con evidencia que carece de discernimiento ó de rectitud.

Yo no sé qual de estos tres me seria mas insoportable: ó un hombre como el que acabo de decir, bien un crítico incómodo, ó un censor rígido y temerario. Creo que me declararia en favor de los dos últimos, porque estos tienen á lo menos alguna especie de entendimiento, y á veces la malicia del crítico nos hace descubrir la verdad; pero los elogios del primero son insufribles y molestos, porque respiran baxeza y fastidio, y solo son estimados de aquellos á quienes el amor propio tiene esclavizados.

Aquel que siempre te alaba
hasta tus mismos defectos,

es un vil adulador,
digno del mayor desprecio.

Se ha de pensar antes de obrar.

La poca reflexìon del hombre antes de obrar es la causa de los freqüentes arrepentimientos que experimenta. Una resolucion precipitada es por lo comun la precursora de un fin desgraciado. Si el hombre emplea dias enteros en componer un Discurso que tiene que pronunciar en público, ¡con quánta mas razon no debe tomarse tiempo para formar ciertas resoluciones, de las quales dependen muchas veces su honor, su reposo, su bien y su fortuna?

Demétrio, hijo del grande Antígono, respondió un dia á Patroclo, su General de Exército, quando éste queria por impaciencia que no se difiriese el dar la batalla á Toloméo: "Sabed, Patroclo, "que toda empresa en donde el arrepen"timiento despues del suceso es inútil

"debe considerarse antes con madurez, "para que se concluya con juicio."

Suetonio dice, que Augusto no era fácil en contraer amistades ; pero que una vez que lo verificaba, era constante é inalterable. Plutarco, en la vida de Sertorio hace un grande elogio de él, diciendo, que Augusto era muy lento en resolverse; pero una vez determinado, permanecia muy firme en sus resoluciones. Esto es muy propio y muy digno de un hombre grande, porque aunque se diga que hay ciertas ocasiones en las quales una pronta resolucion es la mejor, es necesario considerar que entonces se halla uno obligado á ello por la necesidad, que es superior á todas las leyes ; porque sin esto, si la precipitacion en las ideas, y la lentitud en la execucion producen efectos favorables, es solo por casualidad, y quien se atiene á esto, hace de su vida una especie de Lotería, en donde por un suceso feliz que experimente, no podrá menos de tener diez desgraciados.

Antes de emprender las cosas
es prudencia el meditarlas,

porque sin meditacion
no puede salir bien, nada.

De *mi honesto pasatiempo.*

Un hombre de buen juicio, esté en el estado que se quiera, encuentra siempre en que ocuparse agradablemente. Por mí puedo decir, que así como el Francés pasa el tiempo en cantar, el Español en meditar, el Inglés en danzar, el Italiano en hacer cumplimientos, el Aleman en beber, y el Polonés en arremangarse el bigote, del mismo modo paso yo el mio en leer; y puedo asegurar, que aunque antes de ahora haya sido apasionado á la conversacion de los vivos, jamas he encontrado en ella una satisfaccion tan perfecta como la que me hace gustar presentemente la de los mas ilustres muertos de la antigüedad.

Está mañana, por exemplo, sin salir de mi quarto he asistido á la comedia de Antíoco Rey de Siria, en donde se han

hallado varios Enviados de diferentes Naciones, y la conversacion ha sido de las mas agradables, porque cada uno de estos Ministros se ha esforzado en hacer el elogio de su pais. El de los Romanos sostenia, que el servicio de los Dioses no se hacia en ninguna otra parte del mundo con mas devocion, ni los Templos estaban mejor adornados que en Roma. El de Cartágo se alababa de que en el suyo no se cansaba la Nobleza de combatir, el Pueblo de trabajar, y los Filósofos de instruir la juventud. El de Sicilia exâltaba fuertemente la imparcialidad con que la justicia se distribuía en su Patria: añadiendo, que la verdad era allí amada, y que no habia diferencia entre los Ciudadanos. El de Rodas decia, que en su pais vivian los ancianos sabiamente, los jóvenes con continencia, y que las mugeres sabian callar. Ya tuve la boca abierta para decirle, que en esto último se equivocaba, quando el de Atenas dixo: que las leyes en su República no sufrian la superioridad de los ricos, la pereza del Pueblo, ni el fausto en los Magistrados. El de los Lacedemonios pro-

restaba, que la envidia era desconocida en su pais, supuesto que todo el mundo era igual en él : que la avaricia estaba enteramente desterrada por la comunidad de bienes; y que todo el Pueblo se ocupaba siempre en cosas útiles. El último fué el Sicionano, el qual, por conciliarse mejor la creencia, juró que en su patria no sufrian jamas los extrangeros, porque siempre traían consigo mil novedades: que tampoco se permitian Médicos, porque mataban á las gentes que lo pasaban bien; y que del mismo modo no consentian los Abogados, porque defendian causas injustas.

Véase, pues, aquí una conversacion bien superior á las que yo he tenido otras veces con mis camaradas, quando en nuestras asambleas decíamos mil disparates; y cuyo arrepentimiento me hace detestar ahora la mayor parte de las conversaciones de los vivos; porque apenas hay alguna en donde Baco no haga de las suyas, y Venus no encaxe algun discurso digno de ella. En fin, fuera de que el Cielo se ofende mucho de estas juntas, el tiempo mismo se pierde en

ellas ; y estos momentos que se prostituyen á semejantes placeres , son otros tantos años que deben rebaxarse de la vida , sin contar con un número infinito de males que nos acarrean. Así, mi estado actual no me parece insoportable , porque observo con Séneca , que mientras traté á los hombres, menos hombre fuí; y si cabilo alguna vez en mi soledad, no es en los disgustos de lo presente , sino en lo mal que empleé lo pasado , y en la incertidumbre de mi suerte futura. Dios por su infinita misericordia quiera perdonarme lo primero , y suavizar lo segundo.

El hombre desengañado
del mundo y de sus locuras,
halla todo su placer
en la quietud y lectura.

De *los dos caminos del hombre en esta vida.*

No hay sino dos caminos para atravesar este mundo : el de lo agradable , y el de lo útil. Aquellas gentes que buscan los placeres , y se abandonan á las delicias imaginarias de la vida , siguen el primero. Los sabios que únicamente ambicionan lo sólido hasta en los negocios del mundo , freqüentan el segundo.

El camino de los placeres es de un aspecto agradable , por ambos lados está cubierto de árboles que llevan frutos de una rara hermosura , los quales alegran la vista ; pero en queriéndolos gustar , hacen conocer al punto , que semejantes á las manzanas de Sodoma , están llenos de ceniza. En pasando un poco adelante se encuentran fuentes que en lugar de agua vierten los vinos mas exquisitos , y se ven grandes prados cubiertos de las mas bellas flores del mundo , aun-

que es cierto que su olor aturde. Pequeñas colinas sirven de horizonte á tan hermosas campiñas, y en la cima de aquellas se descubren magníficos palacios con pequeños bosques de naranjos, y otras plantas raras.

En estos palacios no se hace mas que reir y cantar. En algunos se ven grandes mesas cubiertas de los mas delicados manjares; en otros mugeres que reciben á los pasageros con los brazos abiertos. Aquí se forman conciertos de la música mas harmoniosa; allí se bayla ó se juega: aquí se representan Operas, Comedias, y otras Piezas; allí se vén magníficos trenes, y se presenta una especie de Feria en donde se hallan mil bagatelas bien trabajadas, aunque inútiles; en fin, el viajante ocupado todo con estas fruslerias, adelanta siempre, y no advierte que se han pasado ya las tres partes de su vida desde que entró en este camino, hasta que de repente empieza á sentir un cansancio grande, el qual le obliga á atravesar un espantoso desierto, y llegar á una infeliz cabaña que se descubre al otro lado.

En la puerta de ella encuentra á un viejo de aspecto horrible, flaco, descarnado, los ojos hundidos, los cabellos blancos, y extendidos sobre las espaldas, el qual le causa un miedo terrible. Pregunta, sin embargo, el nombre de aquel parage, y el de aquel anciano; á lo que este viejo ceñudo le responde: este es el pais del arrepentimiento y de las lágrimas, y mi nombre la Miseria. Yo me hallo establecido aquí por órden del Cielo para recibir y hospedar á todos los viajantes que vienen por el camino de los placeres. Consternado este pobre extrangero con semejante respuesta, pregunta, si acaso hay otro parage en aquellas immediaciones donde poder reposar. La Miseria le responde: á pocos pasos de aquí reside mi vecina la Desesperacion; pero no puedo menos de advertiros, que de todos aquellos que han querido mas bien pasar á su estancia que quedarse en la mia, el primero esta aún por volver: de modo, que ó en su casa ó en la mia se termina la carrera de los placeres, en la qual habeis marchado hasta ahora.

Por lo que hace al camino de lo útil, no hay duda en que su entrada es mas difícil y escabrosa : se empieza por trepar montañas escarpadas. En tan penoso trabajo es necesario emplear toda la juventud ; y antes de llegar á la cima de la mas alta, se corre mil veces riesgo de precipitarse, por los freqüentes derrumbaderos que se hallan á cada paso. En este camino no hay otra compañía que el trabajo y la pena, y estos entretienen al caminante con las ventajas de lo útil, valiéndose de tiempo en tiempo del socorro de la Esperanza, la qual le consuela representándole lo poco que ya le queda por andar. Sus propios deseos le responden de la sinceridad de la Esperanza, y confortado de este modo con los atractivos de tan lisonjeras promesas, abanza siempre á lo alto de esta espantosa montaña, desde donde descubre una hermosísima llanura, y en medio de ella un gran palacio construido y situado maravillosamente. Se informa del nombre y del dueño de tan suntuoso edificio, y le dicen que se llama Comodidad, y su dueño Reposo. Alégrase sobremanera con

esta noticia, y se da priesa á llegar á él para refrescarse, y descansar despues de tantas penas y fatigas como ha sufrido en el camino.

El dueño de este lugar le recibe bien, y le asigna una estancia segun sus deseos, y le dice la Esperanza: al fin te hallas ya establecido aquí para el resto de tus dias. Este pobre caminante siente un extraordinario regocijo, pero empieza ya descansado á pensar en los medios que ha de emplear para hacerse dueño de todo el palacio. En conseqüencia de esto, y movido de la ambicion, forma proyectos, se inquieta, y no se halla ya contento ni satisfecho con el alojamiento que ocupa en este delicioso parage; quando de repente vé entrar á la Muerte con un aspecto terrible, haciéndole seña de seguirla. Él quiere oponerse á este decreto, quejándose amargamente de la crueldad de su suerte, que le obliga á dexar tan presto este lugar de reposo, cuya posesion le habia costado tantas penas; pero la muerte, siempre inexôrable, le arrebata sin misericordia, y le arroja en un hoyo de siete pies, en donde cubier-

to de tierra sirve de pasto á los gusanos, y no consigue para el mundo otra recompensa de sus trabajos, que algunas palabras grabadas en un marmol, las quales manifiestan que un tal ha vivido como hombre sabio, segun el mundo. En fin, vanidad de vanidades, y todo vanidad.

Dos caminos tiene el hombre
en su miserable vida:
el estrecho le aprovecha,
y el ancho le perjudica.

De los Motes.

Como el entendimiento humano no se hace jamas conocer mejor, que quando explica mucho en pocas palabras, así un Mote que representa oportunamente lo que quiere hacerse comprehender, me parece digno de estimacion. Véanse aquí algunos de que me acuerdo.

Sobre la virtud perseguida, pero que no dexa de brillar en las desgracias.

Un Ayunque herido de varios martillos, con estas palabras:

Mientras mas golpes, mas limpio.

Para un General desgraciado, un Tambor con estas palabras:

Solo fué hecho para ser batido.

Para un hombre de bien perseguido de la fortuna y de la envidia, un Obelisco con estas palabras:

Mi rectitud me sostiene.

Para un hombre que muere por la Patria, un Cohete subiendo al ayre con estas palabras:

Quando brillo perezco.

Para un hombre útil al Estado, una vela ardiendo con estas palabras:

Sirviendo á otros, me consumo.

Para un hombre que no halla lugar

en donde establecerse, el Globo de la Tierra con estas palabras:

Mi Patria.

Para un hombre de mérito, pero de mala persona, una Concha llena de perlas con estas palabras:

Mi interior hace mi valor.

Quando Juan, Duque de Anjou, fué á Nápoles con la idea de destronar á Alfonso, hizo poner en sus Estandartes estas palabras del Evangelio de San Juan: "Fué enviado por Dios un hombre, cu-„yo nombre era Juan;" y Alfonfo, sirviendose del mismo Evangelio, hizo poner en los suyos: "Y los suyos no le „recibieron." Estos son los Motes que me han ocurrido, con los quales concluyo esta obra.

FIN.

EN LA MISMA OFICINA SE HALLARÁN LAS OBRAS MODERNAS SIGUIENTES:

La Voz del Espíritu Santo sobre los hombres: Obra formada sobre las Santas Escrituras, para consolar las Almas afligidas: ordenada por todos los dias del mes, un tomo.

Tratado de la Alegría del Alma Christiana, en todos los estados de la vida, compuesto por el P. Lombez, autor de *la paz interior del alma*, un tomo.

Homilias del Ilmo. Turchi, sobre varios asuntos, traducidas del italiano.

Camino Real de la Cruz: En el que se enseña el camino recto para el Cielo.

Kempis, de la imitacion de la Vírgen.

Obras espirituales del *P. Falconi*.

Espejo que no engaña.

El Alma al pie del Calvario.

El Espíritu Consolador.

Delicias de la Religion, ó el poder del Evangelio, para hacernos felices.

Consejos espirituales que dá á su sobrina el P. Diego de Cadiz.

Voz de la Naturaleza ó Memorias curiosas é instructivas para acostumbrarse en los nobles sentimientos del honor, aborrecer el vicio y amar la virtud á vista de los exemplos que contiene.

Despedida de la Mariscala á sus hijos.

El Christiano en el Templo, ó devota asistencia al Incruento Sacrificio del Altar. Obra del Marqués Caracciolo.

Historia moderna de *Pablo* y *Virginia*.

Atala ó los amores de dos Salvages en el desierto.

Historia de las fiestas de la Iglesia. obra instructiva, no solo para los Curas, sino para todos los fieles en general.

Gemidos de la Madre de Dios afligida.

Diálogo Crítico-Político, sobre si conviene, ó no desengañar al pueblo de sus errores y preocupaciones.

El Cariño Perfecto, ú Alfonso y Serafina, novela original, de mucho gusto.

Noches Lúgubres, de Cadalso.

Cartas Marruecas. de idem.

Eruditos á la Violeta. de idem.

Anales de cinco dias. de idem.

Empresas, victorias y desgracias del Principe *Carlos Eduardo*, pretendiente de Inglaterra.

Deleite de la Discrecion ó Floresta Española, coleccion de chistes, agudezas y dichos graciosos de hombres célebres.

Constituciones, y Exercicios del Real Monasterio de *N. Sra. de la Trapa.*

Sentimientos de penitencia, de un Religioso de la misma órden.

Carta de un hijo á su madre escrita antes de su profesion.

Conversion de *Fr. Brocardo* llamado en el siglo *F. Antonio del Castillo.*

Vida de los varones ilustres, de dicha órden.

Colleccion de los mejores Poetas modernos.

Las obras de *Virgilio*, *Horacio*, *Quintiliano*, *Ciceron* y *Julio Cesar*, traducidas en español.

Varias obras de *Medicina*, *Cirugía* y las mas modernas de *Quimica*, traducidas.

El Hombre Infeliz, 2. tom.

El Hombre feliz, 3. tom.

El Evangelio en Triunfo, 4. tomos.

Poemas Christianos, del mismo Autor.

Recreaciones Filosoficas del *P. Almeida*, añadidas considerablemente en esta última edicion. 11. tom.

Armonia de la razon, con la religion, del mismo Autor. 2. tom.

El Viajador Sensible, un tomo, critica moderda á imitacion de los viajes de *Enrique Wanton*, al pais de las Monas. 4. tom.

El Alexo ó Casita en los Bosques, Novela de mucho gusto. 4. tom.

La Victorina ó la *Joven desconocida*. 1. to.

La Carolina, novela. 3. tomitos

El Espejo que no adula. 1. tom.

Diccionario Español compuesto por la Real Academia considerablemente aumentado en esta última edicion.

Gramatica Española y *Ortografia Castellana* de la misma Academia.

Discurso sobre la Belleza de las mugeres.

Obras escogidas de *Quevedo.*

Historia de *Gil Blas de Santillana*, nueva edicion con láminas.

Reflexîones sobre la naturaleza, ó consideraciones sobre las obras de Dios, nueva edicion aumentada con notas por el Traductor. 4. tom.

Solis, historia de la Conquista de Mexico, nueva edicion.

El Viajero universal ó noticias del mundo antiguo y nuevo. 43. tom.

La Eudoxia, hija del capitan Belisario.

El Antenor.

El Rodrigo.

El Fingal.

El Mirtilo.

Las Odas, todo de *D. Pedro Montengon.*

Cervantes, historia de D. Quixote, con adiciones de la Real Academia, y estampas. 6. tom.

Idem con notas de *Pellicer.* 9. tom.

Idem La Galatea de *Cervantes.* 2. tom.

Idem El viaje del Parnaso. 1. tom.

Idem Persiles y Segismunda. 2. tom.

Idem Novelas. 2. tom. *Todo con láminas finas.*

Experimentos de sensibilidad, su autor *Mr. de Arnaud.* 8. tom.

Recreaciones del hombre sensible, del mismo Autor. 6. tom,

Florian. *La Galatea.*

Idem. *La Estela.*

Idem. *La Conquista de Granada.*

Coleccion de Pragmaticas de *D. Severo de Aguirre*, hasta el presente año.

Idem de *D. Santos Sanchez*, idem.

Las obras predicables de los autores antiguos y modernos.

Ordenanzas del Consulado de *Bilbao*.

Guia de Comerciantes en frances.

Biblioteca de Comerciantes en español, que contiene las monedas, pesas y medidas de las principales plazas de Comercio de Europa.

Aritmetica para Comerciantes de *Don Benito Bails*.

Idem La de *Herranz*, que trata de todos los cambios, en particular.

Nueva reduccion de las monedas en circulacion de nuestra España, con algunas estrangeras.

Varios libros de devocion para la santa misa, confesion y comunion, en pasta fina, de tafilete y dorados.

Polisas de lámina fina en español.

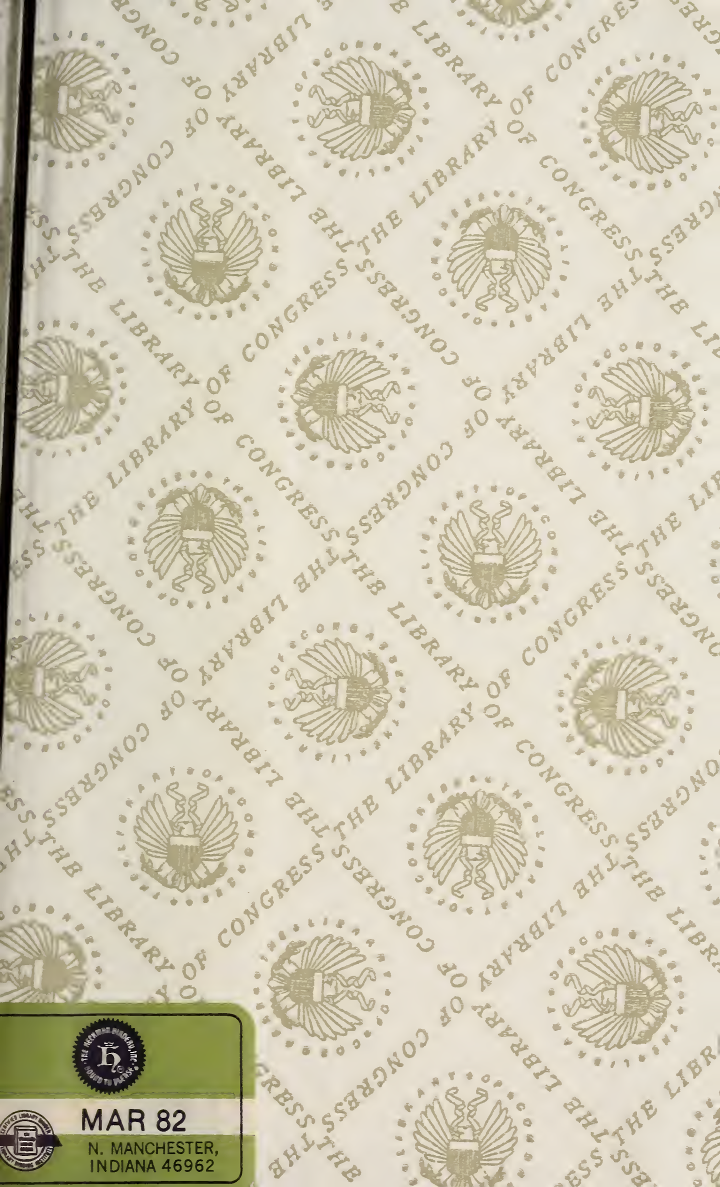
idem.... de letra de imprenta.

idem en Frances.

idem en Italiano.

Targetas finas del mejor gusto, con cartulina inglesa de varios colores, grabadas en Paris, Madrid y Barcelona; tambien se imprimirán en ellas los nombres.


THE LIBRARY OF CONGRESS


MAR 82
N. MANCHESTER,
INDIANA 46962


LIBRARY OF CONGRESS
0 021 899 033 2